



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

LIBRERÍAS DE VIEJO
OFICIOS, HISTORIAS
y CRÓNICAS
DE LA BIBLIODIVERSIDAD

Carlos Francisco Gallardo Sánchez
Sebastián Rivera Mir
(Coordinadores)

DE LIBROS

LIBRERÍAS DE VIEJO
OFICIOS, HISTORIAS
y CRÓNICAS
DE LA BIBLIODIVERSIDAD



LIBRERÍAS DE VIEJO OFICIOS, HISTORIAS y CRÓNICAS DE LA BIBLIODIVERSIDAD

Carlos Francisco Gallardo Sánchez
Sebastián Rivera Mir
(Coordinadores)

DE LIBROS

LIBRERÍAS DE VIEJO

OFICIOS, HISTORIAS y CRÓNICAS DE LA BIBLIODIVERSIDAD

Primera edición 2023 (versión electrónica)

Universidad Autónoma de Aguascalientes
Av. Universidad No. 940
Ciudad Universitaria
C.P. 20100 Aguascalientes, Ags.
editorial.uaa.mx/

Carlos Francisco Gallardo Sánchez
Sebastián Nelson Rivera Mir
(Coordinadores)

María José Ramos de Hoyos
José Maximino Ramos Cervantes (Max Ramos)
Ana Emilia Felker Centeno
Sebastián Nelson Rivera Mir
Carlos Francisco Gallardo Sánchez
Gonzalo Andrés Rojas González (Martín Cinzano)


ISBN 978-607-8909-12-4

Hecho en México / *Made in Mexico*

Índice

Palabras iniciales	9
Del impresor y mercader de libros al librero editor <i>María José Ramos de Hoyos</i>	13
La librería de paso como género dramático <i>Max Ramos</i>	31
Las librerías de viejo serán de nuevo <i>Ana Emilia Felker</i>	51
De los mercados a los bibliófilos. El libro de viejo a principios del siglo xx <i>Sebastián Rivera Mir</i>	61
Librerías de viejo, brevísimo glosario personal <i>Carlos Francisco Gallardo Sánchez</i>	77
Local, estampas librescas <i>Martín Cinzano</i>	83
Sobre los autores	109

Palabras iniciales



Las siguientes páginas no buscan convertirse en un tratado erudito sobre las librerías de viejo. Tampoco intentan reconstruir una historia detallada y minuciosa que nos explique a cabalidad qué son, quiénes las administran o cuál es el papel que juegan en el mundo de libro. Aún menos pretenden recuperar todos los relatos, ficciones o imaginarios que se han desplegado a su alrededor. El objetivo de este libro es mucho más sencillo, mas no por ello menos profundo. Se trata simplemente de hacer un recorrido por sus anaqueles, por su particular atmósfera cargada de polvo y olor a rancio, por la sensación que puede provocar el hallazgo del libro deseado.

Si algo caracteriza a las librerías de viejo mexicanas es que cada estante puede llevarnos a distintos tiempos, a diferentes formatos, a otras maneras de entender la cultura impresa. Y esto es precisamente lo que hemos intentado recuperar a través de la organización de los sucesivos capítulos del presente libro. De este modo, se entrelazan las temporalidades, las formas y los géneros narrativos, las

concepciones literarias, las definiciones sobre lo que debe o no debe ser un librero. El narrador de un texto se transforma en personaje del siguiente y, a su vez, en objeto de análisis en el posterior. Un pequeño detalle mencionado al pasar por uno de los autores se convierte en el centro del relato del siguiente capítulo. No olvidemos que relatar es precisamente *tramar*, entrelazar, y es lo que nos hemos propuesto a lo largo de todo el libro.

Por este motivo, cada apartado del presente volumen recupera una particular perspectiva narrativa. Encontramos desde un recuento historiográfico amplio hasta una serie de crónicas, pasando por glosarios, historias específicas, autobiografías, relatos periodísticos, entre otras posibilidades. Esperamos que esto lleve al lector, tal como si estuviera en una de estas librerías, a un recorrido por los anaqueles, seleccione las entradas, decida qué leer, se sorprenda con algún hallazgo. Y aunque establecimos un orden al momento de organizar los capítulos, dejamos en sus manos la libertad para comenzar por donde desee, para reagrupar a su propio modo las partes de este rompecabezas.

Los autores nuevamente representan esta bibliodiversidad: historiadores, libreros de paso, escritores, editores, bibliófilos, periodistas, libreros de viejo, literatos, reúnen sus habilidades para reconstruir desde sus propias disciplinas dicha atmósfera libresca. Esperamos que este mosaico de perspectivas permita también comprender el particular momento que atraviesan las distintas especialidades asociadas a este mundo de los libros y la lectura.

Si en México se lee poco y mal, ¿cómo harán los investigadores, literatos y libreros para reflexionar sobre los libros y su papel en nuestro país?, es otra de las líneas centrales de las exploraciones propuestas.

Uno de los relatos se detiene en los disfraces que algunas veces usan los libreros al momento de escribir literatura, tratando de ocultar su verdadero rostro. Es una práctica común entre ellos, escribir; pero muy pocos optan

por mostrar públicamente esta inquietud. Otro de los textos enfatiza cómo los libreros se van transformando, lenta o rápidamente, en editores o en agentes culturales. Dedicados en parte a los libros, estos sujetos optan por sumar a sus actividades la posibilidad de dar impulso a la cultura desde otros espacios. Algún capítulo también nos muestra cómo el librero se convierte en un dramaturgo y la librería en un escenario donde desplegar las dotes histriónicas. Y tampoco falta el apartado que describe cómo los escritores se tornan consumidores, que a su vez devienen en productores de escritos, y nuevamente en consumidores para completar *el ciclo de los libros*. Estas transfiguraciones no son casuales. El libro de viejo se encuentra en medio de estos procesos de cambio, de reconversión, de transmutación. Su permanencia en las estanterías lo prepara para el olvido o le ofrece una nueva oportunidad de lectura. Esa vivacidad, ese dinamismo es parte de los relatos que se ofrecen a continuación.

Finalmente, a modo de libro de viaje, las siguientes páginas son también la reconstrucción de las experiencias de los implicados. Incluso aquellos textos que optan por la tercera persona, que de alguna manera se escudan en una pretendida asepsia, son el reflejo de sus intereses y de sus recorridos por estos espacios. De este modo, invitamos al lector a tomar este libro no como un punto de llegada, sino como un impulso en sus propias búsquedas. Ésas fueron nuestras intenciones al coordinar el presente volumen.

Carlos Francisco Gallardo Sánchez
Sebastián Rivera Mir

Del impresor y mercader de libros al librero editor

María José Ramos de Hoyos

Junto con su importante función en la venta y circulación de los libros, las librerías en México han tenido desde tiempo atrás otra actividad complementaria que a veces es su principal forma de subsistencia: algunas de ellas editan y distribuyen sus propios textos. Necesariamente, la naturaleza de esta relación entre la producción y la comercialización de impresos se ha ido transformando a la par de los grandes cambios suscitados por el desarrollo tecnológico, la difusión de la cultura impresa, el incremento y la diversificación del público lector y la progresiva consolidación del mercado editorial hasta llegar a constituir una enorme industria. Apoyándome en las valiosas contribuciones que se han hecho en el campo de la historiografía del libro en México, haré un breve recorrido por la historia de las conexiones entre dos ámbitos del proceso editorial que hoy tienden a concebirse como separados. Tal ejercicio de síntesis puede ayudar a comprender mejor la inestima-

ble labor de las librerías¹ y de los vendedores de libros en la vida de la cultura impresa nacional.

México fue el primer lugar geográfico en América en recibir prensas con las que se produjeron impresos tipográficos en serie. En el contrato laboral que firmaron el 12 de junio de 1539 en Sevilla el impresor Juan Cromberger (dueño de la primera prensa tipográfica, traída ese mismo año) y Juan Pablos (el “componedor de letras de molde” que viaja a México a operar la prensa), se leen las siguientes obligaciones, entre muchas otras:

[...] que yo el dicho Joan Pablo sea obligado a vender todo lo que se ynprimiere, bien e fielmente, e poner en ello la diligeçia e trabajo que fuere menester, e que non venda cosa dello fiado a ninguna persona. [...] Yten, que si durante el dicho tiempo de los dichos diez años voz el dicho Joan Coronberguer me enbiardes algunas mercaderías o libros para vender, que yo sea obligado a los vender lo mejor que yo pudiere de contado, sin fiar cosa alguna, e de vos enbiar el proçedido [...].²

Estas dos condiciones contractuales preludian una de las actividades más comunes que tuvieron los impresores novohispanos: la de vender impresos de su factura, pero también los de otras imprentas, a veces junto con mercan-

-
- 1 Utilizo el término *librerías* en su sentido más amplio, sin acotarlo a las *librerías de viejo*, pues me propongo hablar de ellas desde una perspectiva diacrónica y la especialización dentro del comercio librero es relativamente reciente. Aún así, dado que mi recorrido llega hasta las primeras décadas del siglo xx, alcanzaré a hablar sobre algunos negocios libreros con características propias de las librerías de viejo.
 - 2 Una transcripción del documento se incluye en el Apéndice de Agustín Millares Carlo y Julián Calvo, *Juan Pablos: primer impresor que a esta tierra vino*, México, Librería de Manuel Porrúa, 1953, 222 pp. La cita aparece en las pp. 181 y 184.

cías de muy diversos tipos. No obstante, la mayor parte de sus ventas eran los impresos europeos que llegaban a través del sistema de flotas: la cantidad de libros importados durante el virreinato superó por mucho la producción local. Así, cada vez más, ellos fungieron igualmente como distribuidores,³ participando en una red interna activada por mercaderes de libros, almaceneros, mercados, fiestas y ferias comerciales.

En ese tiempo, Juan Cromberger dominaba la producción de libros en Sevilla; tenía experiencia en el comercio transatlántico e incluso se cree que ya antes había producido algunas ediciones exclusivamente para el mercado novohispano. Al llegar a un acuerdo con el obispo fray Juan de Zumárraga y el virrey Antonio de Mendoza para establecer en la Nueva España una sucursal de su taller, Cromberger logró obtener no sólo la exclusividad de la impresión de libros en la Colonia, sino también de su exportación a ella. Si bien éste parecería haber sido un excelente negocio, fueron bastante modestos los recursos que el impresor destinó a la sucursal americana, y quizá con razón, pues al parecer ésta no fue muy rentable: "aun tomando en consideración las enormes pérdidas de ediciones de aquella época, parece que la imprenta mexicana fue poco productiva mientras dependía de la casa madre de Sevilla, y en 1547 Pablos se quejó de su extrema pobreza".⁴

Una vez que termina en 1559 el privilegio exclusivo para imprimir en la Nueva España del que gozaron pri-

3 En realidad, los dueños de estos negocios o sus operarios cubrieron varias de las tareas que actualmente llevan a cabo profesionales independientes, es decir, editores, correctores, diseñadores gráficos, operadores de imprentas, distribuidores y libreros contemporáneos.

4 Clive Griffin, "La primera imprenta en México y sus oficiales", en Pedro Rueda Ramírez e Idalia García Aguilar (comps.), *Leer en tiempos de la Colonia: imprenta, bibliotecas y lectores en la Nueva España*, México, UNAM, Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas, 2010, p. 11.

mero Cromberger y sus herederos,⁵ y luego Juan Pablos (a quien la familia traspasó la imprenta poco antes de 1548), el oficio se volvió enteramente libre y otros impresores entraron en escena. Entre los pioneros estuvieron Antonio de Espinoza, considerado el mejor tipógrafo del siglo XVI, Pedro Ocharte y Pedro Balli. Ellos o sus familiares se dedicaron también a la venta libros.⁶ “Según lo que se desprende de los manuscritos y crónicas del siglo XVI”, explica Francisco Fernández del Castillo, “parece que no había en México librerías propiamente dichas, o por lo menos eran rarísimas, sino que era uno de los ramos que había en algunas casas de comercio, mezclado con los de lencería y mercería, salvo los impresores que tenían la venta de las obras editadas por ellos en el despacho de sus imprentas, en donde también había algunas transacciones con papel, artículo que por su escasez y carestía se prestaba a especulaciones”.⁷ José Toribio Medina llegó unos años antes a una conclusión semejante. En la introducción a su estudio *La imprenta en México (1539-1821)*, después de ofrecer los datos de la vida y la obra de más de ochenta impresores que trabajaron en el periodo virreinal, reconoce: “Como queda indicado ya, durante el siglo XVI y aún harto después, muchos de los impresores mexicanos eran

5 El otro privilegio de los Cromberger, el de la exclusividad en la exportación de libros a la Nueva España, también fue derogado, aunque la fecha exacta sigue siendo incierta. Por lo menos se tiene noticia de que en 1545 la Real Audiencia de México se quejó con el monarca de que la familia no había proveído ni proveía los libros necesarios, y como respuesta la corona dispuso: “que se requieran, y si no, que todos los puedan pasar” (José Toribio Medina, *La imprenta en México, 1539-1821* [1912], vol. 1, México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 1989, p. LXVIII).

6 Véase la “Lista de libreros, impresores, cortadores de imágenes, naiperos &” en Francisco Fernández del Castillo, *Libros y libreros del siglo XVI. Selección de documentos y paleografía* [1914], 2a. ed. facs., México, Fondo de Cultura Económica/ Archivo General de la Nación, 1982, pp. 554-557.

7 *Ibidem*, p. 554.

también mercaderes de libros, de tal modo que nosotros, al menos, sólo hemos podido anotar el nombre de sólo dos libreros que no ejercieron a la vez el arte tipográfico”.⁸

En el siglo XVII continuaron las tareas educativas y de evangelización; además se formaron varias bibliotecas institucionales o particulares. El crecimiento de la necesidad de consumo de libros alentó el que éstos se vendieran cada vez más frecuentemente al lado de otras mercancías en tiendas o almacenes; también podían comprarse en algunos establecimientos de las órdenes religiosas. Estos comercios coexistieron con otros que excepcionalmente comenzaron a llamarse *librerías*, como los de Diego de Ribera o Francisco Clarín.

Al mismo tiempo, se triplicaron los talleres de imprenta –unos cuantos se instalaron a partir de 1642 en Puebla, donde el obispo Palafox fue su gran promotor– y se incrementó progresivamente la cantidad de impresos producidos, en su mayoría breves y de temas religiosos.⁹ Muchas veces el local en el que se ubicaban las imprentas (también llamado “oficina”) servía asimismo como punto de venta de libros. En consecuencia, en los pies de imprenta se registraba el calificativo de “impresor y mercader de libros”, “mercader y tipógrafo” o “impresor y librero” acompañando su nombre, o bien, el nombre del propietario del taller.¹⁰ En opinión de Emma Rivas Mata,

8 Toribio Medina, *op. cit.*, p. CCXIX.

9 Emma Rivas Mata llega a las cifras aproximadas para la Ciudad de México de: 180 impresos novohispanos y 10 talleres de impresión en el siglo XVI; en el XVII las obras aumentan a 1,824 mientras que las imprentas son 30; y en el setecientos la producción sube a 7,000 impresos, si bien ya no aumentó significativamente el número de tipógrafos en este último periodo (“Impresores y mercaderes de libros en la ciudad de México, siglo XVII”, en Carmen Castañeda [coord.], *Del autor al lector. Historia del libro en México*, México, CIESAS, 2002, pp. 75-76).

10 Véase Juana Zahar Vergara, *Historia de las librerías de la ciudad de México, evocación y presencia*, 3a. ed., México, UNAM/ Plaza y Valdés, 2006, pp. 15-22.

“si bien la doble empresa significaba una mayor inversión también reportaba ingresos más altos en beneficio de los dueños y, tal vez, de los empleados”.¹¹

En su ensayo “Impresores y mercaderes de libros en la Ciudad de México, siglo xvii”, esta investigadora identifica y compara dos grupos dentro del oficio en esa época. Uno de 20 impresores dedicado exclusivamente a la impresión (entre ellos Diego López Dávalos, Juan Ruiz y Blanco de Alcázar); y otro de 10 impresores que combinaba la fabricación de libros con su venta. De estos últimos, Bernardo Calderón y sus herederos son el caso más representativo y prolífico. Su negocio existió a lo largo de 86 años, de 1631 a 1718. La cantidad de impresos que ofrecían a sus clientes –tanto propios, como de otras imprentas mexicanas y europeas– era muy grande: se tiene registro de que Paula de Benavides, viuda de Calderón, tenía a la venta 1,126 títulos en 1655 y 1,239 en 1660.¹² Los impresores y mercaderes de libros “eran los que concentraban casi toda la producción tipográfica, dejando afuera de la competencia a las pequeñas imprentas. Este grupo mantenía las mejores relaciones con las autoridades eclesiásticas y civiles por las que obtenían licencias y privilegios de impresión”.¹³

En paralelo a la expansión demográfica y económica, durante el siglo xviii se incrementó aún más la demanda de libros; como consecuencia, el número de librerías y puntos de venta creció notablemente. Durante el periodo de 1700 a 1778, existieron poco menos de 60 locales fijos en la ciudad de México, que competían con muchos otros comerciantes ambulantes y con particulares, así como

11 Rivas Mata, art. cit., *op. cit.* 78.

12 *Ibidem*, pp. 93-84.

13 *Ibidem*, p. 99. En Puebla, Diego Fernández de León (quien trabajó también México) tuvo imprenta y librería. Sin embargo, las familias de impresores libreros más importantes en esa ciudad fueron las de Borja y Gandía en el siglo xvii, y Ortega y Bonilla-de la Rosa en el xviii y principios del xix.

con tiendas llamadas “mestizas”, establecimientos religiosos, casas de empeño y las subastas de las bibliotecas de los difuntos.¹⁴

No obstante, mientras que los puntos de venta de libros aumentaron, especialmente a partir de mediados del XVIII, el número de los talleres de imprenta que fueron al mismo tiempo librerías (casi todas las imprentas de ese siglo fueron también librerías) no creció con respecto al siglo anterior, por lo que estos “comercios dobles” pasaron a ser la minoría en el complejo sistema novohispano de circulación y venta de libros. Tres de ellos son herederos de impresores del XVII: los Guillena Carrascoso, Rodríguez Lupercio y Rivera Calderón. A estas líneas familiares se suman únicamente las de Hogal en 1721, y en la segunda mitad del siglo las de Jáuregui, y Zúñiga y Ontiveros. Ellos compitieron con Pedro de la Rosa en Puebla, cuyo trabajo se extiende hasta principios del XIX, igual que el de los Zúñiga y Ontiveros, últimos impresores libreros de la Colonia.¹⁵ Destaca frente al conjunto mencionado la Imprenta y Librería de la Biblioteca Mexicana (1753-1767) de Juan José de Eguiara y Eguren: por un lado, porque no era de oficio impresor, sino catedrático, escritor, bibliófilo y bibliógrafo; y por otro, porque funda esta imprenta con

14 Olivia Moreno Gamboa, “Hacia una tipología de libreros de la ciudad de México (1700-1778)”, *Estudios de Historia Novohispana*, núm. 40, enero-junio de 2009, pp. 121-146.

15 Aunque los Zúñiga y Ontiveros tuvieron negocio tanto de imprenta como de librería, éstas funcionaron de manera independiente en algunos momentos. “El involucramiento de la familia Zúñiga con el comercio de libros comenzó a mediados del siglo XVIII con la apertura de un cajón en El Parián por parte de Cristóbal, continuó con el establecimiento de una imprenta que Felipe logró consolidar y alcanzó su máximo apogeo cuando Mariano la heredó y fundó una librería surtida directamente desde Madrid. Por desgracia, el legado empresarial de los Zúñiga se diluyó con la muerte de Mariano, al fallecer sin descendencia en 1825” (Manuel Suárez Rivera, *Dinastía de tinta y papel. Los Zúñiga Ontiveros en la cultura novohispana [1756-1825]*, México, UNAM, 2019, p. 17.

una finalidad más política y cultural que lucrativa, esto es, para publicar su Biblioteca mexicana y vindicar con ella la cultura novohispana.

“Ante un mercado inundado de ediciones europeas, las escasas imprentas locales, dependientes del papel importado y los contratos de publicación, tuvieron pocas posibilidades de multiplicarse”.¹⁶ Establecer librerías como una extensión de sus talleres, un negocio complementario en el que tendieron a invertir cada vez más, fue como en épocas anteriores un recurso para subsanar su inestabilidad económica, señala Olivia Moreno Gamboa. En estos negocios, ya en su mayoría de criollos educados y ambiciosos que “compraron las viejas prensas, renovaron sus juegos de letras y contrataron más personal con la finalidad de negociar nuevos privilegios”,¹⁷ se hicieron sobre todo impresos de corta extensión y en formatos pequeños; entre los autores publicados cada vez hubo más laicos. En cuanto a sus ventas, éstas fueron de obras extranjeras (antiguas o de impresión reciente), por ser las de mayor demanda, y hacia finales del siglo, su fuente de ingresos más importante.

Se puede observar una clara constante en la figura del impresor y mercader de libros en toda la etapa colonial: solía depender de su capital personal o familiar. La estructura organizacional de las imprentas se basó en líneas genealógicas y sucesorias: no sólo heredaban el conocimiento de las técnicas y las prensas mismas, sino también los privilegios de imprimir con exclusividad, los cuales aseguraban sus ingresos. De ahí que la vida de algunos de estos talleres, los más fuertes económicamente, fuera tan larga. De ahí también el papel trascendental que desempeñaron en ellos las mujeres. Sin embargo, las di-

16 Olivia Moreno Gamboa, *Las letras y el oficio. Novohispanos en la imprenta. México y Puebla, siglo XVIII*. México, UNAM/Instituto Mora, 2018, p. 70.

17 *Ibidem*, p. 296.

facultades de inversión y acumulación de deudas propias del negocio de los impresores y los libreros coloniales dejaron fuera de su alcance la posibilidad de aventurarse por su cuenta en proyectos editoriales costosos; dependían de los encargos de las instituciones eclesiásticas, educativas y gubernamentales. Por otra parte, “al impresor novohispano le faltó la figura del editor, dispuesto a arriesgar su capital en empresas bibliográficas prometedoras”.¹⁸

El libre comercio decretado en 1778 cambió el panorama de la circulación y venta del libro en las Colonias. Poco después, con la consumación de la Independencia cesaron las licencias y privilegios y se atenuó la censura, ejercida principalmente por la Inquisición.¹⁹ Sin duda, la libertad de imprenta (1820) aunada a una mucho mayor libertad de expresión, revitalizó el oficio, lo que se reflejó, por un lado, en el establecimiento de un gran número de imprentas y librerías dentro y fuera de la capital, y por otro, en la diversificación de las publicaciones y de los sectores sociales a los que éstas iban dirigidas. Además de una prensa nacional cada vez más fuerte y extendida –instrumento de los bandos políticos contendientes–, se mejoraron una serie de fórmulas editoriales que habían comenzado a aparecer desde el siglo anterior, como los semanarios, gacetas, boletines, revistas, folletos, colecciones, calendarios, etcétera.

En lo relativo a la actividad editorial, los grandes cambios del XIX no fueron sólo políticos o ideológicos, sino también tecnológicos: se inventaron las prensas de vapor, luego las prensas rotativas y, unas décadas más tarde, el linotipo y el monotipo, avances gracias a los cuales la impresión y la composición tipográfica se mecanizaron. La introducción de estas técnicas a México marcó el inicio de la producción masiva de impresos, reduciendo tiempo y

18 Moreno Gamboa, *Las letras y el oficio*, p. 297.

19 Los libreros estaban obligados a conocer el catálogo de libros prohibidos y a entregar regularmente inventarios de aquellos que ofrecían en venta.

costos.²⁰ En consecuencia, se acentuó un fenómeno que se empezaba a vislumbrar desde algún tiempo atrás: la especialización de los oficios involucrados en el proceso editorial. Así, por ejemplo, surgieron talleres independientes de litografía y de encuadernación.

A los factores mencionados se sumaron otros más que influyeron en el origen y el éxito de una buena parte de los proyectos editoriales de la recién estrenada nación. Entre ellos: las nuevas estrategias publicitarias, por ejemplo, con la elaboración y publicación o envío de catálogos; el financiamiento a través del sistema de suscripciones o de préstamos personales, la posibilidad de ofrecer las publicaciones a precios más accesibles; la novedosa presentación de los impresos; la traducción o adaptación de obras extranjeras al contexto mexicano; los grupos de lectores emergentes; las más eficientes redes internas y externas de distribución, y, ante todo, la visión innovadora de algunos personajes clave de la vida cultural que ya comenzaban a perfilarse como pequeños empresarios y editores.

Ante tan amplia gama de transformaciones, ¿qué ocurrió con el tradicional vínculo entre impresores y libreros? En el siglo XIX existieron numerosas imprentas y librerías independientes unas de otras. Sin embargo, siguió siendo común que algunos impresores (sin llegar a considerarse ellos mismos libreros) vendieran sus obras en sus propios talleres, además de distribuirlas en distintas librerías. Entre otros, tres de los más sobresalientes: Ignacio Cumplido, Vicente García Torres y José Mariano Lara.²¹

20 Ignacio Cumplido instaló la primera prensa de cilindros en México en 1843, para la impresión de su periódico *El Siglo Diez y Nueve*. En cambio, las rotativas de gran tiraje y la linotipia se utilizaron por primera vez en 1898 en *El Imparcial* de Rafael Reyes Espíndola.

21 Lilia Guiot de la Garza, "El competido mundo de la lectura: librerías y gabinetes de lectura en la ciudad de México, 1821-1855", en Laura Suárez de la Torre (coord.), *Constructores de un cambio cultural: impresores-editores y libreros en la ciudad de México (1830-1855)*, México, Instituto Mora, 2003, pp. 506-507. Sin embargo, Guiot de

También hubo quien continuó practicando con éxito ambas labores a la vez, aunque generalmente ya no en un mismo local. Qué mejor ejemplo que el de Mariano Galván Rivera. En los años veinte del siglo XIX, Galván inició su carrera de librero, impresor y además “editor”, como ya comenzaban a denominarse él y algunos de sus colegas contemporáneos. Gracias a su prestigio, sus relaciones y su espíritu emprendedor, tuvo dos librerías y una imprenta. Su librería del Portal de Agustinos fue famosa tanto por la calidad y la variedad de materiales que expendía como por las tertulias que en ella se organizaban. Entre sus publicaciones están su *Calendario*, *El Recreo de las Familias*, los *Calendarios de las Señoritas Megicanas*, la *Biblia* de Vence traducida del francés y publicada junto con el texto latino en 25 tomos, el *Catecismo* de Ripalda y los *Elementos de gramática y ortografía castellana*, así como varias colecciones de temas políticos, jurídicos, científicos y culinarios.

Cuando la acumulación de deudas obligó a Galván a declararse en quiebra y su librería se puso a la venta pública en 1846, José María Andrade, quien había sido su administrador desde tiempo atrás, la compró; la librería se llamó entonces “Antigua Librería de Galván” y siguió siendo una de las más prestigiadas. Andrade después se asoció con los impresores Rafael de Rafael y Felipe Escalante en distintos proyectos; junto con el segundo, compró la imprenta del primero en 1854, de donde nació el sello Andrade y Escalante. Tal sociedad, afirma Miguel Ángel Castro, “resulta significativa en la medida en que marcó lo que podríamos considerar la profesionalización del oficio del editor en el siglo XIX, porque las tareas que correspondían a Escalante, las de tipógrafo e impresor, permitían a

la Garza señala que en 1850 Cumplido anunció que, para comodidad de sus clientes, establecía un despacho de su imprenta en la calle de Plateros 1, más cercana a la Plaza Mayor (su imprenta original se ubicó en Rebeldes 2). Tal despacho funcionó como librería y se imprimieron algunas obras con su nombre -Librería Siglo XIX- en el pie de imprenta (pp. 476-477).

don José María atender lo relacionado con la obtención de contratos, venta y distribución de libros e impresos en su librería del portal de Agustinos 3".²²

Otros importantes libreros editores de ese periodo fueron Alejandro Valdés, Juan R. Navarro, Manuel Murguía y Simón Blanquel. Pero, sin duda, uno de los negocios más prósperos fue el de la Librería de la Vda. de Bouret, como fue conocido en su última etapa, pues a lo largo de su historia cambió varias veces de nombre, de propietarios y de domicilio. En él se ofrecía al público una gran diversidad de obras científicas, literarias y de educación básica. Muchos de sus materiales estaban escritos en francés o eran de autores franceses; y es que su actividad editorial –desde mediados del XIX hasta los años veinte del siglo pasado– se repartió entre México y Francia, donde la familia Bouret también tenía imprenta y librería. Casi todas sus ediciones fueron impresas en sus talleres de París, aunque las obras estuvieran escritas en español o por autores mexicanos, lo que propició que éstas también se distribuyeran en distintos mercados además del nacional.

Según Roger Chartier, un hecho que marca un cambio radical en la historia del libro es el nacimiento de la figura del editor tal y como la concebimos actualmente, es decir, cuando su actividad se establece como una profesión autónoma. Es el momento en que el oficio particular del editor:

[...] no se confunde ya con el negocio del librero ni con el trabajo del impresor, aunque en esta época hay editores que poseen librerías y talleres tipográficos. La nueva definición del oficio hace hincapié en la relación con los autores, la elección

22 Miguel Ángel Castro, "José María Andrade, del amor al libro", en Laura Suárez de la Torre (coord.), *Constructores de un cambio cultural: impresores-editores y libreros en la ciudad de México (1830-1855)*, México, Instituto Mora, 2003, p. 409.

de los textos, la selección de las formas del libro y, finalmente, en los lectores.²³

Es decir, la invención moderna del editor enfatiza los criterios intelectuales más que los técnicos o los comerciales. Es entonces cuando surgen las casas editoras, las cuales se organizan como empresas (por lo común, sociedades anónimas) con una estructura colectiva y un capital no necesariamente personal.

Chartier data este cambio en Francia hacia la década de 1830. A México tarda algún tiempo más en llegar. Como se ha visto, desde la segunda mitad del XIX se pueden identificar los primeros indicios. Pero es sobre todo a principios del siglo pasado cuando surgieron iniciativas culturales en las que estuvieron sumamente presentes las tareas y decisiones propias de un editor.²⁴ Llama la atención que algunas de las primeras de ellas siguieron vinculadas al negocio librero. No obstante, a estas alturas, se trata de organizaciones mucho más complejas en las que interviene un equipo muy grande de trabajadores y colaboradores, los cuales son coordinados por la figura del editor. Muy lejos se está ya del esquema inicial, con sólo Juan Pablos y sus tres ayudantes –Jerónima Gutiérrez (su esposa), Gil Barbero y el esclavo Pedro– haciendo artesanalmente todas las actividades del proceso editorial, incluida la comercialización.

Un ejemplo temprano de una editorial moderna vinculada a la librería es Ediciones Botas. El español Andrés Botas inició su carrera de librero en México por azar cuando un amigo le encargó la venta de unas cajas de libros

23 Roger Chartier, *Cultura escrita, literatura e historia*, ed. Alberto Cue, 2a. reimpresión, México, Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 59.

24 Sobre el nacimiento de las editoriales mexicanas modernas y el proceso de industrialización de la producción editorial nacional, véase Luis Mariano Herrera Zamorano, *La producción de libros en México a través de cuatro editoriales (1933-1950)*, Tesis de Maestría en Historia, México, UNAM, 2014.

y con ello se dio cuenta de que el negocio era redituable. En 1907 fundó la Librería y Papelería Botas y a partir de 1916 la dejó en manos de su hijo Gabriel Botas y Díaz, quien logró que su editorial se convirtiera en una de las más importantes del país, especialmente desde la década de los años treinta hasta un poco antes de su muerte, en 1968. La prolífica editorial se distingue por la nómina de los autores publicados, extranjeros y mexicanos (muchos de ellos asiduos clientes o visitantes de la librería). Entre los últimos estaban Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán, Antonio Caso, Julio Jiménez Rueda, Artemio del Valle-Arizpe, Federico Gamboa, Luis González Obregón y José Juan Tablada; además, la editorial publicó gran parte de la obra de José Vasconcelos y Mariano Azuela. Igualmente, el sello se destacó por los diseños de sus cubiertas e interiores; uno de los más recordados es el de *Vrbe: super-poema bolchevique en 5 cantos* (1924) de Manuel Maples Arce, ilustrado por Jean Charlot.

Termino este recorrido mencionando el trabajo librero y editorial iniciado por los hermanos José, Indalecio y Francisco Porrúa. Éste es el único caso de negocio librero que ha seguido con una intensa y continua actividad editorial hasta nuestros días. La Librería Porrúa Hermanos se fundó en 1900 donde todavía se encuentra su casa matriz, en la esquina de República de Argentina y Justo Sierra. Comenzó especializándose en libros antiguos y de ocasión, pero pronto expandió su oferta, incluyendo libros nuevos, entre ellos sus propias ediciones.²⁵ Algunas de las primeras son las antologías *Las cien mejores poesías líricas mejicanas* (1914) y *Poetas nuevos de México* (1916). Más adelante, en 1944, se fundó la Editorial Porrúa. Su impacto en la vida cultural nacional ha sido enorme, debido,

25 Herrera Zamorano ha hecho notar que tanto Ediciones Botas como la Librería Porrúa recurrían a imprentas ajenas a sus empresas para elaborar sus libros, entre otras, la de Manuel León Sánchez (*op. cit.*, p. 63).

entre otras razones, a sus libros de texto y a sus célebres colecciones jurídicas, la *Colección de Escritores Mexicanos* o la *Colección "Sepan Cuantos..."*.²⁶

Desde principios del siglo pasado hasta nuestros días, se han dado múltiples combinaciones entre las distintas actividades implicadas en el proceso de producción y comercialización de textos, ya sea en proyectos oficiales, académicos o privados. En ese largo y complejo circuito que va desde la creación del contenido hasta su transmisión al público a través de su forma material impresa, sin duda la labor de las librerías ha sido fundamental. Tener contacto directo tanto con las editoriales como con los compradores, los que también pueden ser autores; llegar a contar con su amistad y confianza; conocer sus intereses, necesidades y demandas; poder hacerles recomendaciones o sugerencias; convertirse en espacios de convivencia cultural; ser un engranaje clave en las redes de distribución; todas ellas son sólo algunas de sus numerosas ventajas.²⁷ Como ha quedado demostrado a lo largo de casi cinco siglos de hacer y vender libros e impresos en México, la fórmula en la que uno o más sujetos del libro trabajan conjuntamente con los libreros y las librerías, vinculados y motivados por un mismo objetivo, ha llegado a dar muy buenos resultados. Es de agradecer que la posibilidad de imprimir o editar también haya significado para los negocios libreros una vía de subsistencia.

26 En 1933 José Porrúa se separó del negocio familiar original para formar el suyo con sus hijos comprando la Librería Robredo, fundada en 1919 por Pedro y Juan Robredo. La Antigua Librería de Robredo, José Porrúa e Hijos, como se llamó desde entonces, continuó especializándose en la compra, venta y edición de libros antiguos y de ocasión, contribuyendo así enormemente al estudio y la difusión de la memoria histórica de México.

27 Agradezco a Juan Luis Bonilla, director general de la Librería Bonilla y de Bonilla Artigas Editores, el haberme hablado de la historia de su empresa, resaltando las ventajas con las que cuentan las librerías con respecto a otros actores del proceso editorial.

Bibliografía

- Castro, Miguel Ángel, “José María Andrade, del amor al libro”, en Laura Suárez de la Torre (coord.), *Constructores de un cambio cultural: impresores-editores y libreros en la ciudad de México (1830-1855)*, México, Instituto Mora, 2003, pp. 381-435.
- Chartier, Roger, *Cultura escrita, literatura e historia. Coacciones transgredidas y libertades restringidas. Conversaciones de Roger Chartier con Carlos Aguirre Anaya, Jesús Anaya Rosique, Daniel Goldin y Antonio Saborit*, ed. de Alberto Cue, 2a. reimpresión, México, Fondo de Cultura Económica, 2006, 271 pp.
- Fernández del Castillo, Francisco, *Libros y libreros del siglo XVI. Selección de documentos y paleografía [1914]*, 2a. ed. facs., México, Fondo de Cultura Económica/ Archivo General de la Nación, 1982, 607 pp.
- Griffin, Clive, “La primera imprenta en México y sus oficiales”, en Pedro Rueda Ramírez e Idalia García Aguilar (comps.), *Leer en tiempos de la Colonia: imprenta, bibliotecas y lectores en la Nueva España*, México, UNAM, Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas, 2010, pp. 3-19.
- Guiot de la Garza, Lilia, “El competido mundo de la lectura: librerías y gabinetes de lectura en la ciudad de México, 1821-1855”, en Laura Suárez de la Torre (coord.), *Constructores de un cambio cultural: impresores-editores y libreros en la ciudad de México (1830-1855)*, México, Instituto Mora, 2003, pp. 437-510.
- Herrera Zamorano, Luis Mariano, *La producción de libros en México a través de cuatro editoriales (1933-1950)*, Tesis de Maestría en Historia, México, UNAM, 2014.
- Medina, José Toribio, “Introducción”, en José Toribio Medina, *La imprenta en México, 1539-1821 [1912]*, 8 vols., México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 1989, vol. 1, pp. xv-cccxxv.

- Millares Carlo, Agustín, y Julián Calvo, *Juan Pablos: primer impresor que a esta tierra vino*, México, Librería de Manuel Porrúa, 1953, 222 pp.
- Moreno Gamboa, Olivia, "Hacia una tipología de libreros de la ciudad de México (1700-1778)", *Estudios de Historia Novohispana*, núm. 40, enero-junio de 2009, pp. 121-146.
- , *Las letras y el oficio. Novohispanos en la imprenta. México y Puebla, siglo XVIII*, México, UNAM/Instituto Mora, 2018, 334 pp.
- Rivas Mata, Emma, "Impresores y mercaderes de libros en la ciudad de México, siglo XVII", en Carmen Castañeda (coord.), *Del autor al lector. Historia del libro en México*, México, CIESAS, 2002, pp. 71-102.
- Suárez Rivera, Manuel, *Dinastía de tinta y papel. Los Zúñiga Ontiveros en la cultura novohispana (1756-1825)*, México, UNAM, 2019, 306 pp.
- Vergara Zahar, Juana, *Historia de las librerías de la ciudad de México: evocación y presencia*, 3a. ed., México, UNAM/ Plaza y Valdés, 2006, 230 pp.

La librería de paso como género dramático

Max Ramos

Librerías “de usado”, “de lance”, “de viejo”. Prefiero librerías “de paso” por dos razones. La primera, porque en estos espacios usualmente se tiene un solo ejemplar de los títulos exhibidos, y al paso, hay que llevarlo. Segunda, existen los hoteles de paso, sitios de reposo y gozo donde el cuerpo es deleitado por otras manos, en el mejor de los casos; lo mismo pasa con los libros ya leídos, son cuerpos textuales amoldados por otro lector. Recordemos la espera de Emma Bovary, en la posada de Rouen; ella, la mujer de otro en brazos de un joven pasante, León. Los amantes furtivos al paso dejan sus propias huellas.

Las librerías de paso pueden resguardar desde un incunable (impreso antes de 1500), hasta lo neoédito (impresos en este momento). Suelen ser la genisá, depositario del objeto ritual de la lectura; también genisá para lenguas muertas como el arameo, el cónico, el latín. Entonces la librería de paso, mientras no llega el lector, es museo río, en espera de la mano lectora que lo haga afluyente.

Hay una tercera razón para llamarlas librerías de paso. En ellas se testimonian oficios adyacentes: el desarrollo de la imprenta, la industria del papel, las travesías del editor y los sellos editoriales; la traza de fuentes tipográficas, los artistas del grabado, de la litografía, la brújula para saber dónde se establecieron sus talleres de impresión. Es decir, el libro documenta el paso de muchos oficios.

Librerías de paso. En ellas, entropaño por estante, se cuadrametra la vida cotidiana del lector a través del tiempo: la huella de qué leía, el énfasis de temas de interés, las ideas prevalentes de cada época.

Las librerías de paso pertenecen al género teatral porque son escenarios que recogen la historia de los hombres puesta en sus objetos, en materiales cotidianos. Veamos la sala de estudio en una casa: con los libros también está el busto en bronce de Hegel, el abrecartas de caoba, el secreter del siglo XVIII. Lo digo así: para un libro, necesitamos un estante; un lector requiere de su silla; la lectura pide su lámpara; a la mesa de trabajo le viene bien una taza de café y una pluma al lado para mezclar las ideas. ¿Qué pasa cuando este escenario doméstico se desmonta? Los muebles se van a una tienda de anticuario o al mercadillo; los libros, a la casa de subasta o a la librería de paso. Estos modos de venta ahora pueden ser por plataforma digital y llegar de forma directa a su nuevo propietario. Algunas veces quedan los objetos y muebles en manos del librero de paso porque en su travesía ha conocido a muchos clientes que ahora le venden los libros junto al menaje. Un ejemplo, los deudos, al pasar las hojas de un ejemplar, mientras reflexionan sobre qué hacer con la biblioteca del recién fallecido, encuentran un separador, una hoja volante, y les da luces de la librería donde pueden vender la biblioteca. Entonces hacen la llamada:

– Buenas tardes, ¿estoy llamando a la librería Papeles Muertos?

- Así es, habla con su propietario, Librorio Polillas, dígame.
- Soy la señora Sepia de la O. ¿Ustedes compran libros? Tengo unos ochocientos o quizá mil trescientos libros. No sé. Están en perfectas condiciones. Debo vaciar el departamento. Separé los que me quedo. No me puedo llevar todo.
- ¿Qué temáticas predominan? ¿El material está en libreros o en cajas? Si no vive en planta baja, ¿hay elevador? ¿Podemos hacer una selección o quiere venderlos todos? ¿Preferiría que los viéramos un fin de semana, cuando hay menos tráfico?
- Hay de todo. El abuelo tenía muchos intereses. Aún están en sus libreros. Mire, me gustaría que se llevara todo. Le doy mi dirección. Venga mañana. Me urge. ¿Por qué pregunta si están en cajas o libreros?
- Por el tiempo de maniobra para saber los contenidos. Revisar mil trescientos libros extendidos en su librero me llevará media hora; esos mismos, en cajas, dos horas. La veo mañana. Buena tarde.

Si entramos en la sombrerería de antiguo, veremos entre el acumulado de sombreros, boinas y tocas, diversas modas en tiempo, lo variado de entre muchas latitudes, los materiales al uso en su confección. Si somos reflexivos, vemos en esos atuendos reminiscencias de quien los portó, viajamos en una especie de turismo de nostalgia. Podemos ver sólo sombreros viejos, también; eso acusaría guardia baja en nuestra agilidad mental, desgano por la historia.

Las librerías de nuevo son liebres de papel en huida, tienen la urgencia de lo recientífero: tengo ese mismo sentimiento cuando estoy frente a la vidriera de la pastelería y retiran la tarta que estoy viendo. A diferencia de las de paso, aquéllas, son de galope. En décadas recientes hubo libreros de nuevo que extendían su servicio a mate-

rial de usado; una de ellas, la librería Eureka, en Avenida Universidad, donde nace Gabriel Mancera, en Coyoacán, en la planta baja del Cine Pecime, que cerró sus puertas por el dos mil dos. Librerías como El Péndulo a veces tienen un estante con libro viejo, de uso, de paso; lo hacen por extender sus servicios al lector, no por asomar la nariz en el mercado ajeno. A su vez, las librerías de paso necesitan del libro nuevo con el afán de dar un servicio extra.

Pareciera que las librerías de paso son un mal necesario. Las editoriales que han producido el libro, si es que existen, no ven ganancia en los materiales que ya fueron vendidos al primer lector. El librero de usado les representa una rémora que no paga derechos de traducción, composición editorial, prima a los autores, ni el mínimo centavo en publicidad. Se les olvida que eso ya fue absorbido en mucho por el primer cliente. Viven más en la novedad y muchas veces no reeditan su propio catálogo. Aunado al galope desbocado que exige la mesa de novedades, tanto editor como librero de nuevo se convierten en los primeros biblocidas. Entonces entra en función el mercado de segunda mano. Por eso vemos que junto a la Feria del Libro de Palacio de Minería, a su costado, surgen los incipientes tenderetes, que después cobran mayor presencia, los libreros de viejo, buhoneros de paso, en el callejón Condesa.

Las librerías de segunda pueden ser de nuevo o de usado. No es el paso del tiempo en el libro y su uso lo que determina el rango de una tienda. Hay librerías de novedades que pueden ser de tercera. Eso, creo, lo determina su selección, su cordialidad en el servicio y el acervo.

Soy Max Ramos, llevo 20 años vendiendo libros. Debo presentarme, soy parte de los personajes que desfilarán en las siguientes líneas; librero tópico, es decir, en el cómodo lugar común, siendo parte de la mayoría. Sin abolengo libresco, sin jactancia sobre el peso mental de los libros acumulados. Debo hablar de mí. Para ser modesto hay que darse al reflector y poco a poco hacer mutis.

Una librería son estos sumandos: el librero, su acervo (los títulos que quiere, los que tiene, y los que tendrá, bajo la presión que el lector le exige); sus lecturas sumadas a las lecturas platicadas; su carácter, la memoria y, por supuesto, buenos gramos de paciencia. De aquellos primeros días, el no saber cómo tasar un lote de libros o una biblioteca en el momento en que se presentara, me sarpullía zozobra; era como mirar un tren lleno de libros con sus vagones descubiertos atravesando una tormenta; es decir, me sentía en *Una soledad demasiado ruidosa*.

En el invierno del año 1999 fundé una librería. Colonia Condesa, Ciudad de México. Barrio clase media alta. Avenida Mazatlán, de largos camellones. Local de cuarenta metros cuadrados. ¿Por qué ahí? Porque había vecinos a los que les interesaba el libro y tenían un excedente en el bolsillo para comprarlo; algo, algo me indicaba que, a la vez, podría adquirir buenos materiales con la gente del barrio. Mientras firmaba contrato, desde ahí veía cómo reaccionaban los conductores en los treinta segundos que duraba el semáforo en rojo. Sí, les alcanzaba el tiempo para girar la cabeza al tercer local cerca de la esquina. Entonces puse la rúbrica sobre el papel.

Me olvidé de los años de oyente en la carrera de Literatura Dramática, en la Facultad de Filosofía y Letras, de donde salí más confuso, con menos tablas sobre el quehacer teatral, participando en ensayos, puestas en escena de seis meses, luego, temporada de cuatro funciones nada más, donde iban los amigos y, al final, había más actores en el escenario que espectadores en butacas. Alguna compañera actriz hará de colaboradora cuando no tenga función en puerta, ensayo para una puesta en escena.

Retrocedo a esos primeros días donde el epíteto de librero era demasiado grande, deslizo más en lo discreto para dejarlo en la siguiente escena.

Dos carpinteros fijan los libreros a los muros. El pino de la madera recién barnizada aroma el espacio. La mirada puede detenerse entre los estantes aún vacíos.

La mudanza ha traído trescientas cajas que deben sumar unos seis mil libros; han viajado desde el barrio de Tepepan, en Xochimilco. Es la biblioteca del librero en ciernes, más cargada hacia la literatura, poca filosofía, escueto el acervo sobre historia de México, uno que otro libro técnico, una docena de libros de arte, paquetes de revistas literarias y suplementos culturales.

Los carpinteros hacen una pausa entre taladro y taquete para tomar sus alimentos. Mientras dan bocado dicen:

Sacaclavos: ¿Cuánto le cobraste por todos los libreros? Porque ha sido una chinga, ¿eh? Lo bueno es que nos la aventamos en semana y media.

Fijatuercas: Fueron sesenta grandes: treinta mil en material y treinta en mano de obra. Dame un poco de refresco.

Sacaclavos: Pues, ojalá y los recupere porque a mí se me hace que además de ser una vida muy pinche aburrida la de estar entre tanto papel, nadie compra libros ni para limpiarse la cola. Además, dicen que Internet ya te traduce la Biblia al zapoteco.

Fijatuercas: Mira, quizá le pueda ir bien, tiene 29 años, se ve que lee mucho; si no, mírale esos lentezotes de rata vieja que se carga.

El librero entra como fantasma sin que lo noten los carpinteros. Desliza el paso sobre el cuché del piso. Muros de tono pergamino. Ve las tablas cepilladas, los cortes, la altura del entrepaño, lo largo de cada estante. Franela en mano, mientras pone precio a sus materiales, recuerda un poco de su vida. Ha estudiado en diferentes internados. Primero, en Casa de Pobres, regido por monjas donde sin quererlo hizo voto de silencio; se convirtió, entre rezos de mañana y noche, experto en monosílabos. Luego, la pubertad lo llevó a otro internado comandado por militares donde ejercitó aún más el silencio, músculo de la inteligencia. En ambos sitios encontró el mejor refugio: las bibliotecas, sitios

donde el polvo es la memoria del tiempo. En un país que ve a los lectores como topos raros, las bibliotecas se volvieron su trinchera. Soy hijo del Estado, el oráculo indicaba que podría llegar a ser un buen obrero. Como tal, un poco por aburrimiento, empecé a quitarle el polvo a aquella biblioteca porfiriana que nadie visitaba. Cambié las bombillas como pude. Usé cubeta y trapeador; después de mucha agua chocolata, pude tener los pisos limpios. Por aburrimiento abrí uno de esos tabiques de aquella, mi trinchera, leí un párrafo que se volvió capítulo, *El libro Rojo*, y supe de asonadas, traiciones y matanzas en el México anterior al siglo XIX. Los otros, los autores, eran mis yo multiplicados. Así comenzó la historia de un obrero que torció el camino. Desde entonces eso me ha hecho pensar en que, como librero, soy un impostor. Pero volvamos –no nos alejemos– a esos días previos a la inauguración de aquella librería.

Los carpinteros recogen sus platos de plástico. Luego sus herramientas. Se marchan. Los vecinos husmean. Unas voces se escuchan desde la calle:

Agorera Uno: ¿Qué negocio será? Puede que una panadería, ¿no?

Agorera Dos: No, mira, son libros. Tienen un cartelito para el sábado, su inauguración. ¡Qué ternura! Casi en el siglo XXI y no les han dicho a los libreros que en ocho meses desaparecerán los libros.

Agorera Uno: ¿Librería? ¡Pobres! Ojalá pongan una mesa con tortas porque de los libros nadie vive. Pero, tú, si hay vinito, pues el sábado venimos, seremos el horal y el minuterero. ¡Ah, sí!

Agorera Dos: ¡Claro! La suerte está echada. Habrá fiesta en el jardín de enfrente. Vámonos.

Ahora en esta Librería El Hallazgo, el librero mira las luces en cálido y piensa que éstas le dan intimidad al local; con ello, en algo suple lo austero de su cordialidad. Tres bancos sirven de descanso y escalera. Él reflexiona

mientras aprecia los materiales. Del lápiz, lo que más usa es la goma. Duda en el precio para la edición con planos de *Casa tomada*, pocas veces visto en venta en su bibloerrancia de ciudad. Eso, lo infrecuente que ha pasado por sus manos tendrá mayor valor, por lo menos hasta que llegue otro ejemplar y le quite la intensidad de gema única.

Sobre la certeza de cómo algunos libros son eludíferos, los recorridos de ocho horas en promedio son su testimonio. Porque ha volado de norte a sur, desde el tianguis de Los Tinacos de Santa Cruz hasta el de La Naranja en Azcapotzalco; del tianguis de San Felipe hasta Las Torres en Tulyehualco; pendiente de los remates editoriales; la venta de saldos en Ciudad Universitaria entre UNAM y FCE; los descartes de bibliotecas en la Benjamín Franklin, en la calle de Londres, barrio de la Juárez o el Instituto Goethe, en la colonia Roma; también las ventas de garaje en las casonas de Tlalpan, en el barrio de San Ángel. La suela del zapato ha leído las líneas de la ciudad, donde el semáforo en verde es punto y seguido, el claxon, signo de exclamación, y una calle desconocida, puntos suspensivos.

Mientras en uno de los estantes superiores dovela los libros de arquitectura y pone clave, al centro, el tratado de George Kubler, entra un hombre sorteando cajas llenas y vacías, en desorden, a punto de tirar una pila de libros con nota, en turno para su colocación, pregunta:

Comprador Uno: Oiga, ¿de casualidad tendrá las obras completas de Max Salazar, “El poeta del Crucero”? Era aquel señor que acicalaba las greñas al verso. Mire, uno de sus poemas es éste: “La morena Libia”:

*es tan ardiente,
que hasta la tibia
tiene caliente.*

Librero: No, señor, pero como tocayo de Max Salazar le puedo conseguir el libro del humilde poeta Margarito Ledesma. Lo busco y el sábado a

las siete de la noche, que es la inauguración de la librería, se lo tengo. Ahora escuche su versada:

*Tus ojos son dos globos de topacio,
que se ven relumbrar desde muy lejos
y que echan resplandores y reflejos,
cual la iluminación de algún palacio.*

Comprador Uno: Me interesa. Paso el sábado, sólo que a las cinco. No se le olvide.

La tinta alegre con su primer pedido. Mientras vuelve al acomodo de materiales, recuerda cuando merodeaba por las bibliotecas mayores de la Ciudad de México, la Ciudad Tinta, se dice. Un día encontró 20 ejemplares de *Explorations of Mount Alban*, de Leopoldo Batres, de 1902, y los cambiaba por *La muerte de un viajante*, en la edición escolar de Losada. Un maestro de la ENAH le dijo: –El Batres es raro, la suerte es un diamante que uno debe evitar convertirlo en carbón–. Entonces el librero se dice para sí mismo: Además de tasar un libro por su infrecuencia, la fortuna de encontrarlo dos veces, más que coincidencia es afinadura del olfato. ¿Cómo saberlo? El tiempo lo dirá.

Recuerda el diálogo en el camellón de Álvaro Obregón, en la colonia Roma, cuando en una de las tantas ferias de libro –desde 1997 las realizan Paco Ignacio Taibo II y Paloma Sáiz–, dos sabuesos del papel se enfrascan en la plática:

Luis Chumacero: ...como cuando alguien que presume ser lector, te ve con tus tres tomos del *Diccionario Crítico Etimológico* de Corominas y te dice: –¡Qué buena suerte tienes, Luis!, ¿dónde te lo encontraste?–. Le contestas: –Fíjate que de forma inusual, en una librería. Para ser preciso, en La Torre de Lulio–. Sabe, señor Cruz, es pérdida de tiempo decirles que no es casualidad, que lo cotidiano en la vida del lector es educar el ojo para, incluso al paso por un

puesto de libros, con sólo ver el lomo o sello editorial, uno sepa de qué autor se trata o a qué obra se refiere.

Cruz Benítez: Sí, señor Luis, cuánta razón hay en sus palabras. En días pasados fui al costado de la Biblioteca México, con un librero chileno-mexicano, con el mote de “Pancho Relámpago”. Ahí he encontrado libros que he buscado desde hace tiempo y a precios muy accesibles. El ojo apunta, es verdad, sobre los lomos de los libros, ubicando el logotipo negro o blanco con las letras JM, de Joaquín Mortiz. ¡Qué satisfacción cuando uno los obtiene! El joven Pancho sabe mi gusto por los primeros títulos de ciertas editoriales. En el supuesto de que tenga varias colecciones dicha casa, como ocurre con lo editado por Díez-Canedo; de sus cuatro colecciones de literatura, me falta el primer libro de poesía, en *Las Dos Orillas*, claro, en su primera edición... ya lo encontraré.

Luis Chumacero: ¿*Salamandra* de Paz?

Cruz Benítez: Así es. Quizá el personaje al que usted aludió hace un momento, llama suerte a lo que, salvo mejor opinión, nosotros sabemos que es constancia. Es decir, la casualidad es un recorrido de varias horas, digamos, tres veces a la semana por librerías de la ciudad.

El librero piensa que *la pura casualidad* es el encuentro de líneas que se buscan, a veces sin manifestarlo, y cuando se tocan se vuelven *certeza pura*. Preguntar por la existencia de un *Kamasutra* con fotografías al natural, en la librería de Sociedades Bíblicas y que lo tengan, parecería una pifia tanto del que lo busca como del que lo tiene en dicho sitio. Mas no, puesto que uno busca un libro y el otro los vende. El que busca un *Kamasutra* no entra a una carnicería. Aunque bien sabemos que dicho libro es un tratado de la carne.

Disculpe lector, debo volver a diciembre de 1999, a unos días de inaugurar el espacio, a ese tiempo donde las vacilaciones eran la constante en la clasificación de los materiales: Dónde poner el par de documentos con la rúbrica de Iturbide, los cuadernillos en octavo con ilustraciones de Posada, el álbum fotográfico mostrando las secuelas del sismo en la ciudad de Oaxaca en 1931; dónde estos libros-talonario de facturas, del Maravatío de los años veinte. No previne armar unos cajones para la colocación de documentos antiguos, los grabados, las carpetas con litografías.

He conseguido en una venta de garaje la caja registradora que servirá a medias –lo eléctrico no le funciona– para guardar el dinero. Del lote donado por un amigo, he dispuesto el libro florete, de medio uso, como cuaderno de ventas. Unos carteles de propaganda de la novela *Desgracia*, sirvieron para imprimir por el revés, en forma de separadores, poniendo con un sello la información de la librería. El teléfono de baquelita, de disco, me ahorró unos pesos. La cafetera eléctrica, de edad fatigada, con su mal de gota servirá su primera taza de café y, ¿por qué no?, con disposición para invitarle a algún cliente.

De manera natural, la librería de paso se arraiga al barrio como de largo tiempo. Los objetos viejos y de segunda vuelta al uso, con su pátina, van tomando su lugar. Así entró un lunes por pie propio un maniquí de dama con sombrero, se colocó al costado del estante más alto de la poesía, como leyendo los títulos de Aleixandre, Alberti y Martín Adán. Luego, con sus cuatro patas, la vitrina clásica Antique, de caoba; discreta, tomó su lugar en un pequeño hueco, diciéndole en susurro al librero: Estoy para resguardo de tus primeras ediciones. Él acepta mientras piensa: Habrá un buen Cruz Benítez, nunca se sabe, que quiera dar un vistazo. Ahí también pondré el María Moliner y un Santamaría de mejicanismos, por si un día se aparece un Chumacero.

Este lugar es para aquellos libros que vienen del manoseo en una peluquería, de la batalla en los pupitres del colegio; traen signo de fatiga por el zarandeo en carromatos de eje vial, y que antes de ir al depósito de papel reciclado, ¿quién quita?, serán dados a trasmano, por unos pesos, al librero. Acá llegan los que estuvieron en el departamento de soltero con quemaduras de cigarro en su cubierta; del océano olvido, casa de una viuda, donde fueron altar por algunos años en memoria del finado. Estos lugares son las librerías de paso. Hay que mirarlos en su casa momentánea. Llegan con la sutura de heridas mal curadas con cinta adhesiva, así como la cicatriz en la mejilla del librero subraya un accidente de portada. Sí, como el tacón de un zapato en el gaste por sus ires suele ser la relectura del camino, así un libro sin puntas, deshojado, es una historia que, a su vez, se encuaderna en quien lo ha leído. En este lugar, el doblar en la página al interrumpir la lectura, no necesariamente es descuido del lector, sino pausa para pasar en limpio el pensamiento. La anotación del erudito al calce de la hoja es el consejo en la oreja del autor.

Aquí también hay los libros vitalicios, orondos, que sólo vinieron a ocupar un lugar en el espacio y morirán sin ser leídos, *porque también mueren los libros, aunque nadie parezca aperebirse del olor exhalado por tantos volúmenes corrompiéndose lentamente en sus nichos*, tal como algunos hombres, hojerío de cháchara y perica, abotagados de ruido, que no más palean en el vacío. Otros libros, las enciclopedias, se volvieron detritus de la muchedad en la fosa común del siglo veintiuno, donde el mundo de lo breve wikilee.

El librero debe darse prisa, pasado mañana, 11 de diciembre, sábado, deberá cortar el listón de la Librería El Hallazgo. Aún faltan unas diez cajas por colocar. Se pregunta si aún debe guardar los doce tomos encuadernados del semanario *Proceso*, ahora que el periodismo de gran aliento ha dado paso a una especie rara de ocho columnas en chiflido tipo tuit. Separa la decimonovena edición

de *Poesías*, de Margarito Ledesma y se sonrío. Alguien le interrumpe, y con un diablo desde la acera, le da voces:

Vendedor Uno: ¡Oiga, joven, traigo diccionarios y enciclopedias!, ¿los compra?

Librero: No, prefiero libros de literatura o de historia. Algunos de filosofía, también, pero no enciclopedias, éstas me ocupan mucho espacio.

Vendedor Uno: Mire, éstas están en perfecto estado, casi nuevas, ¡ánделе!, ¡ánimese!

Librero: Mire, aunque comienzo en esto de los libros, sé que las enciclopedias antes las compraba la gente por dos razones principales: para lucirlas en la sala o en el despacho, o como proyecto educativo para cuando los hijos crecieran. Quizás como endilgando obligaciones que los compradores no tomarán. A decir verdad, no quiero arriesgarme con lo que usted me muestra.

Vendedor: Óigame, no; estos materiales han sido leídos de cabo a rabo.

Librero: ¿Entonces a usted nunca le ha surgido duda de por qué la H es muda, y sabe todo de la I, incluyendo la ignorancia?, porque el tomo de la H-I viene con su envoltura.

Vendedor: ¡Pinche grosero!, si no quiere comprar quite su letrero de "compra-venta", ¡ja! ¡Desgraciado!

El acto, una vez que el vendedor se ha retirado, lo abate en su incipiente carrera. Se dice: El mercader de ideas encuadradas debería ser anfitrión del diálogo, más oído, menos boca. Por un momento dejo este presente.

Se aleja hacia el futuro, ese otro presente para, con mayor soltura, pensar en 18 años más tarde, es decir, el hoy de tantísimos materiales. Piensa en las veces que se ha doblegado al pedimento del lector interrumpiendo lo que lee, al grado de sentirse bajo vigilancia por un supuesto

bibliófilo que le impide llegar al término de su lectura. Está al servicio de los otros, sujeto a la inopia de tanto paginar del cual tiene antojo. ¿Cuándo comenzó en secreto esa otra lectura soterrada?, la de leer lectores. Si los libros sirven además de para leer, para poner en práctica nuestros sentidos, como el olfato, lo táctil, las personas son entonces esos otros libros donde podemos (h)ojearnos en esos libretos-espejo, o para nadar en experiencias no vividas.

Se me volvieron los humanos alfabetos de primera necesidad. Con ese lejano vendedor al que no le compré, comenzó mi práctica secreta: miré el tomo H-I de una enciclopedia caduca y en desuso. Quizá para él fui *Compendio de Discolería*. Alguna vez, el librero se acercó a una chica contemplativa, silenciosa, que se deslizaba por los pasillos de la librería. Mientras le ayudaba a buscar *Elogio de la sombra*, le dijo: –Usted es *El budismo*, de Conze, un breviario del FCE–. En otra ocasión, a un hombre que entró dando voces, apurando a su mujer porque según ya iban con retraso, lo atajó: –Con todo respeto, usted entra y suelta tanto grito en este sitio, que estoy seguro que usted inspiró al personaje de *Don Instante viaja a Tartaruga*–.

Ahora, en este diciembre de 2019, pienso que quizá fueron las tres pelucas y un sombrero que años atrás me atreví a comprarle a una mujer en su venta de garaje y que me dio de pilón, unos vestidos de los años veinte. O las cazuelas de barro que compré en los edificios Condesa, casi al salir de ese departamento, junto a una caja de libros, y que todo ello hubo pertenecido al pintor Gonzalo Ceja. O las cinco cámaras Kodak Retina IF, que le adquirí al contador González en la calle de Antonio Sola. El conjunto de objetos, todos ellos, dieron al espacio su escenografía. Que a la primera pregunta, ¿y este perchero, lo vende?, desencadenó un *claro que sí, cuesta cien pesos y le hago su descuento*. Entonces el decorado formaría parte de la vendimia.

El vaso de boca desportillada, de la otrora cantina El Quijote, calle de Cozumel esquina Puebla, dará servicio

de lapicera; si uno se detiene y mira a través de su cristal puede adivinar el reflejo de un viejo bebedor, bien un Eusebio Ruvalcaba o un Ignacio Helguera.

Este sombrero estudiante de carrera de teatro en el que me convertí intentaba, con el acomodo de objetos entre los libros, darle un poco de lustre a su desastre de actor. Cuántas noches despertaba en la oscuridad de su habitación ahogando un grito, por haberse suspendido la función a la que él, siendo del reparto, no había llegado. La librería era un acomodo escenográfico a su medida, donde los lectores quizá fueran personajes. A su vez, no tendría empacho en que su posición de director de escena cambiara ahora a la tramoya y luego, ¿por qué no?, a la noble tarea de acomodador de espectadores, a cada cual en cada tema.

Al acto simbólico de colocar el primer texto invitó a una amiga actriz, que hizo las veces de colaboradora. Para la inauguración, ella debía llegar en papel de Antonieta Rivas Mercado; pondría un libro en Biografía Mexicana como si fuera la primera piedra: *Cartas a Manuel Rodríguez Lozano*, SEP-Setentas, para después perderse entre los presentes. También invitó a un amigo actor caracterizado de arcángel, que participaba en una obra de Carlos Solórzano, "El sueño del Ángel". En dicha representación, trata de la lucha que mantiene un ser alado con la mujer a la que protege y la cual ha tenido un momento de debilidad.

"La Colometa", también compañera de la escuela de teatro, le será de gran ayuda estos primeros meses, una vez que el día de pasado mañana inaugure la librería. Ha comprado 24 botellas de vino tinto, quesos y aceitunas.

Dejo reposar en la salmuera del tiempo aquellos días previos a la inauguración. Pienso con mayor soltura que, además de servir a los lectores, el librero se vuelve depositario social de lo que otros ya no quieren o no pueden tener, o ambas razones. Ahora la perla de sudor de la inexperiencia se ha convertido en el barniz de la constancia que

lanza sus propias conjeturas. Por ejemplo, cuando compro una biblioteca, tengo la sensación de asistir al desahucio de un lector. Al acordar la compra, bajo los libros de sus entropaños para luego mirar la estantería sin sus tomos, poblada de silencio: mortaja llana, morgue sin volumen.

Mas son sólo acomodos de la tierra; es decir, un sis-mo; natural e innúmeras las posibilidades por las que una biblioteca o un lote de libros cambia de manos. Acotemos sobre estos desplazamientos:

- **Mudanza geográfica**, donde se reduce la biblioteca porque el cambio será de casa a departamento; o por el peso, cuando se va de ciudad a país. En tales casos, el escarde se vuelve algo natural en lo que decide preservar el lector (aquí cabe señalar que hay cierto eufemismo en nombrar lector a aquellos que son llanamente coleccionistas).
- **Mudanza trágica**, donde se pierde nuestro acervo (de patria a exilio, de hombre libre a preso).
- **Mudanza de oficio o de placer**, Gilberto, el libre-ro y corredor de arte se regresa a Monterrey y no desea, una vez más, llevar su biblioteca; además, su nuevo oficio, diseñador de hoteles, le abre nuevas perspectivas. Las coordenadas de interés de un abogado, por ejemplo, pueden virar a nuevos rumbos. Si un día fueron materia de su biblioteca los libros de derecho, puede abandonarlos de tajo, para bucear en la ciénega de la novela policíaca.
- **Mudanza económica**, cuando el desempleo hace estragos y el lector echa mano de una parte de su colección; o cuando enferma, y a letra postrada, la cura se cubre con todo lo leído; o la suma de nues-tras adicciones merma el bolsillo: la grapa diaria, los doscientos gramos de cannabis.
- **Mudanza sentimental**, cuando termina mal una relación de pareja y algunos de los dos prefiere

malbaratar los bienes lecturinos del otro, con tal de fastidiarlo.

- **Mudanza de mala maña**, el robo del tiraje completo de *El Quijote de la Mancha*, en la edición conmemorativa por los quinientos años, cuando viaja por carretera, cuando el rayo de sol se convierte en perla sobre la frente del patrullero amodorrado; los 600 libros que en promedio desaparecen del pabellón de editorial Paidós, en la Feria de Guadalajara, a manos de los farderos.
- **Mudanza natural**, también el lector muere y, con ello, el gabinete de ideas que fue su biblioteca también muere y se destaza; porque aunque suele gemelar el gusto por una colección en otra persona, quizá no vive en el radar de nuestro barrio, ni comparte vida en el mismo calendario.

Es el día 11 de diciembre. “La Colometa”, ojos claros, nerviosa le pregunta al librero:

“La Colometa”: ¿No está nervioso, jefe? Porque a mí me sudan hasta las zapatillas copo de leche que me acabo de comprar. Por cierto, ya descorché un par de botellas, para que no andemos a las prisas. He rebanado el queso, puestas las aceitunas. Espero que hagan su entrada puntual nuestros compañeros actores. He puesto cerca de la caja registradora nuestro primer libro apartado, el de Margarito Ledesma.

Librero: Gracias, has hecho un trabajo notable. No, no estoy nervioso, tengo la extraña sensación de tener casi veinte años en el negocio. Creo que alguien baja de ese auto. ¡Ah, claro!, es el señor del libro apartado.

Comprador Uno: (dirigiéndose al librero) ¿Sí me tiene el libro? Ando a las carreras. No me quedaré

al festejo. Le deseo lo mejor. (El librero va por el libro). ¿Cuánto le debo?

Librero.- Déjeme lo anoto, recuerde que esto es una misa en escena (nadie se da cuenta que un hombre joven con la mirada fija en el Comprador Uno se presenta sigiloso).

Hombre de negro: (Nervioso. En el umbral de la librería. Saca un arma. Apunta hacia el Comprador Uno que está de espaldas). ¡Tú, dame el reloj! ¡Muévete! ¡Todos ustedes (al librero y a “La Colometa”), al fondo!

Comprador Uno: (Como autómatas y obedeciendo) ¿Por qué te lo tengo que dar si es mío? (Un disparo). Está bien, tómalo.

Ángel: (Entra intempestivo empujando al ladrón. Impide la toma del botín. Forcejean. El arma cae sobre la mesa. Una botella de vino se derrama). Perdón, me he quedado dormido. El metro viene muy despacio. Espero que haya llegado a tiempo. Un ángel nunca descansa. Por una distracción ocurren las fatalidades. No se mate. La vida es sagrada.

Hombre de negro: (Titubea). ¡Pinche pajarraco! (El ladrón huye. El Comprador sale gritando. Voz en *off*). ¡Agárrenlo, con un carajo!

Antonieta Rivas Mercado: La gente, miren que andar corriendo por las calles y a los gritos. (Se dirige al librero). He llegado un poco antes para admirar tu librería. ¡Por Dios! (mira la pistola sobre la mesa donde están los canapés) las armas me recuerdan las mañanas en la catedral de Notre Dame. (Mira el vino derramado). La sangre es la rúbrica de la tragedia.

Librero: Nada. (Apurándose “La Colometa”, franela en mano). Un fulano impertinente que rompió una botella de tinto. Querida Antonieta, mientras llegan los invitados, te serviré una copa de Pinot Noir.

(Van entrando los invitados. Miran hacia cada rincón. Se van habituando al espacio. Toman con familiaridad los libros. Circulan las primeras copas. Un claxon suena con insistencia. Una combi vieja color huevo. Dos mujeres. El librero las reconoce. “Son las Agoreras” –se dice–. Le hacen señas, que se acerque. Un poco reticente se acerca a la ventanilla del copiloto.

Agorera Uno: Le trajimos unas sorpresas que van bien con su negocio.

Agorera Dos: Pensamos en estos días, nosotras ya vamos de salida. Usted debe saber, somos investigadoras jubiladas, del Instituto de Investigaciones Históricas. Es tiempo que soltemos lo que ha sido parte de nuestra pasión, y esto, pues, son los acervos de toda una vida. Le donamos nuestra biblioteca. Dígale a sus amigos que le ayuden a bajarlos. Y mire, este de Lozas de Puebla, viene firmado, no menos de tres mil pesos.

Va oscureciendo. En fila india, los amigos van entrando los libros al local. Luego el listón. Antonieta Rivas Mercado habla sobre París con el Ángel, y éste le menciona que la muerte nunca hace vereda. Las aceitunas. El entrechoque de las copas. “La Colometa” ya tiene sus chapas y le dice casi en susurro a la Agorera: –Yo soy un personaje de *La plaza del Diamante*–.

En el local también se encuentran dos libreros y un lector. Con tinto en mano:

Curiel: (Hombre de 75 años, ojos claros, reservado, con aire monacal). Conocí a este joven, Max, en mi librería porque me compraba libros baratos, y de vez en cuando hacía su sacrificio y se llevaba algunos materiales de mayor costo.

Lector.- Pues espero y siga el ejemplo de venderlos a precios módicos... Perdón, ¿dónde tiene su librería?

Antonio Villanueva: (Hombre bajo, moreno, de bigote cano, 80 años). Mire joven, el señor Curiel tiene su local en la calle de Coahuila, casi esquina con Tonalá, en la Roma. Se llama Librería Curiel. Es pequeña, pero siempre le caen buenos materiales. Aunque no me ha preguntado, tengo mi librería en la calle de Antonio Caso, casi con Insurgentes, ahí, frente al sindicato de electricistas. Me verá siempre en la banqueta porque los libros y las revistas me han ido echando hacia la calle. Nuestras librerías llevan, cada una, nuestro apellido.

Lector: ¡Ah!, muy bien, ya las visitaré. Perdón, voy por otra copa y de paso preguntaré el porqué del nombre de ésta.

Recuerdo esos primeros momentos, el entusiasmo de la gente por llevarse un libro aunque fuera sencillo. Me alejo discreto, mientras los lectores dialogan sobre lo que han leído. Para muchos de ellos, es la primera vez que se encuentran. Camino lentamente, 18 años después, y llego a este presente y concluyo: en las últimas hojas del siglo veinte, cuando las campanas doblaban su réquiem al libro de papel, un gremio de locos, los lectores, encendían una leve antorcha para decir que aún seguían en la línea, atrincherados en el párrafo.

Las librerías de viejo serán de nuevo

Ana Emilia Felker

La contigüidad es irremediabilmente significativa. Que junto a un hospital haya una funeraria algo nos dice. Al costado de una taquería exitosa siempre hay otra, rémora que atrapa a los resignados que no alcanzaron mesa en el lugar de al lado. La Ciudad de México está llena de estos sintagmas, un edificio redimensiona al anterior. Frente a una oficina de trámites interminables, no falta el listo que instala una copiadora en la cajuela de su coche.

En la calle Liverpool, en la colonia Juárez, hay, pared contra pared, un criadero de escritores y uno de polillas. En el número 16, una casona de principios del siglo xx en cuyo muro exterior la tipografía dorada anuncia FUNDACIÓN PARA LAS LETRAS MEXICANAS (F.L.M.). En el 12, la Librería Jorge Cuesta, que hace cinco años abrió Max Ramos sin saber que sus mejores clientes serían sus vecinos inmediatos.

A esta fundación privada cada año llegan cientos de textos de jóvenes de todo el país que aspiran a la beca que les permitiría dedicarse un año entero a leer y escribir. Un sueño, un sueldo. Las candidaturas son evaluadas

por una comisión que elige a los nuevos habitantes de la casa: *el Big Brother* literario.

Mientras se acumulan cajas con las solicitudes de los candidatos del siguiente año, en las computadoras chinas (marca Nueva Leyenda) se maquila el ansia de hacer libros. Libros y libros que aspiran a sumarse a las pilas imponentes que llenan doscientas ferias, mil 567 librerías y, en un final feliz, estantes de lectores.

He pertenecido a esta sucursal de la industria cultural. He contribuido con mi teclear constante a la sinfonía que resuena en lo altos muros de los salones, se cuele por la elegante escalinata del vestíbulo y sube hasta la dirección. A este ruido de máquinas se une la repentina salida de vapor de una cafetera.

Los títulos circulan por los pasillos como materia prima para la creación. Hubo quien llegó el primer día con una maleta de rueditas repleta de ediciones caras, importadas de Argentina o de Barcelona. Entre los demás, abundan los autores con nombres impronunciables en exhibición en los cubículos, como declaración de principios o pretexto para iniciar una plática. Hemos ido en excursión a las rebajas de Colofón, del Auditorio Nacional, de la propia "Jorge Cuesta": la consecuencia ha sido comer eternamente latas de atún. Pienso en la austeridad a la que se sometió Fernando Pessoa y las deudas que adquirió para seguir comprando ejemplares; así cada uno en la construcción de su paraíso.

El libro como fetiche es un objeto de culto con cualidades sobrenaturales, una máquina energética. Pero también es la mercancía que oculta el trabajo humano: correctores, impresores, encuadernadores, choferes y libreros son fantasmagorías. Nosotros somos también esa parte invisible del proceso editorial: quienes compramos libros compulsivamente y deseamos, además, escribirlos.

Ver desde la acera de enfrente la librería y la Fundación, evoca la línea de producción de una fábrica. Lo que hoy tecleamos, mañana estará a consignación en la librería de

junto y quizá lo consumiremos nosotros mismos como parte de la endogamia que caracteriza al medio cultural. O quizá nadie lo lea nunca. Según la Encuesta Nacional de Lectura, la mitad de la población no ha comprado un libro en su vida.

Lo curioso es que ambos edificios representan los extremos del proceso. El escritor *amateur* –el que ama irracionalmente su oficio– abreva en el sitio donde se recicla la cultura. El deshuesadero. A través de donaciones, llegan a las librerías de viejo colecciones enteras que ahí se desintegran y se convierten en hallazgos individuales: ediciones descontinuadas, autografiadas, tachoneadas.

En la Librería Jorge Cuesta se aprecian tanto los clásicos literarios, digamos *En busca del tiempo perdido*, como óperas primas de jóvenes escritores, editadas por los estados, subsidiadas; siempre en la cuerda floja entre un camino paulatino hacia sus lectores o hacia el polvo olvido. A Max Ramos le interesa cuidar esa parte del mercado que no llega todavía o quizá nunca llegará a editoriales o librerías comerciales. Las ediciones limitadas siempre venden, pero hay libros que terminan en la basura. Después de pasar por varios precios, sin encontrar comprador, se convierten en desecho. El destino trágico de los libros y sus autores.

Escucho el teclear de mis compañeros. Me pregunto para qué escribir más libros si ya hay muchos y el índice de lectura en México está muy por debajo de otros países: se leen, por gusto, 3.5 libros al año (quizá se incluye en este índice *El libro vaquero*). En el transcurso del año, treinta por ciento de los mexicanos no leyeron un solo libro. Pero el problema no es escribir mucho, sino la mala repartición del inventario. Un tercio de las librerías se concentran en la Ciudad de México, donde se han registrado cinco por cada cien mil habitantes; en cambio, en estados como Chiapas son 0.5 por cada 100 mil. Una funeraria junto a un hospital tiene sentido, pero algo no cuadra cuando faltan librerías junto a escuelas, parques, dentro

de barrios, en los centros comerciales de la república. Los lugares sin libros se vuelven inhóspitos, desérticos.

En una visita a la “Jorge Cuesta”, escondida detrás de un librero, escuché (mi *hobby* es escuchar conversaciones ajenas) que negociaban la compra de una biblioteca, desprendimiento que sólo se explica por una falta absoluta de espacio o la muerte de un bibliófilo. El librero se aproxima como un buitre, siempre con sutileza porque soltar los libros acumulados durante una vida es una especie de amputación.

Me doy cuenta de que no se trata de una línea de producción entre quienes escriben, compran y venden libros, sino de una conexión vital. Mientras husmeo los DVDs de la librería recuerdo la película *El libro de Eli*: en un escenario postapocalíptico, Denzel Washington lleva la última Biblia que existe a la antigua cárcel de Alcatraz, convertida en biblioteca, donde se resguardan los vestigios de la humanidad. Para lograr esta misión, casi divina, debe enfrentar a todo tipo de locos y asesinos en su ruta al oeste: claro, para Hollywood la salvación siempre estará en Occidente. El argumento es una preocupación recurrente (o quizá un refrito). En *Fahrenheit 451*, de Ray Bradbury, frente a un régimen cuya política es quemar libros, una sociedad secreta los memoriza en espera de mejores tiempos cuando las palabras vuelvan al papel.

La desaparición de los libros en su formato histórico es una señal distópica, la pérdida de cualquier esperanza. Para Fabián Casas, el confort que prometen las nuevas tecnologías debilita a las personas. El escritor argentino es escéptico del libro electrónico: el formato tradicional no se ha vuelto obsoleto a pesar de los años porque el papel significa la conquista del tiempo; el mismo que invirtió Tolstoi en escribir sobre ese material oloroso y con textura. Casas es tajante: “Hasta que no esté en papel, el texto no tiene vida, es como el hombre hecho de barro esperando el soplo de Dios”.

Imagino a librereros como Max Ramos protegiendo libros frente al apocalipsis. Habría que salvar no sólo el contenido, la sabiduría universal, sino el arte implícito en cada tomo: el papel, la tinta, la encuadernación. Marshall McLuhan sería uno de los profetas de ese mundo futurista donde la supervivencia de la especie dependiera de la escritura. Incluso aquellos objetos improbables que se guardan en los libros se valorarían como información indispensable del pasado.

En sus compras de viejo, una amiga se encontró una bacha en un libro de Milan Kundera y una foto de una mujer desnuda dentro de *Las locas, el sexo y los burdeles* de Salvador Novo. Decidió observar la imagen de la mujer y fumarse la poca marihuana que quedaba como un mensaje del lector a quien relevaba. Dicen los librereros que es usual encontrar papel higiénico convertido en separador: los mejores compañeros en cualquier circunstancia...

La "Jorge Cuesta" es un búnker al que Max ha ingresado, como provisiones, lo que considera imprescindible. Cuenta que estudió teatro, pero descubrió que racionalizaba demasiado los diálogos y las historias como para soltarse con naturalidad en la actuación. Dice haber crecido en orfanatorios, primero de monjas y luego de militares. Encontró refugio tanto del ruido de la religión como de las pandillas en las polvosas bibliotecas de la Iglesia y del Ejército, donde aprendió a limpiar y ordenar libros. Le pregunté a este librero de ademanes escénicos si no le agobia estar siempre rodeado de materiales. La librería es como el tras bambalinas de un teatro. Un lugar para recoger historias de los cuarenta y cinco mil libros de su inventario y de los objetos extraños que habitan el lugar, no como decoración sino como provocaciones. Muñecos desmembrados, máscaras grotescas, cámaras antiguas, muebles en miniatura, globos terráqueos con geografías imposibles. Max dice tener su patología bien puesta, no le preocupa exhibirse como un acumulador. Para él la claustrofobia es una habitación con los muros desnudos.

Ése es también el miedo más profundo de un escritor, encontrarse de pronto con los muros de la mente vacíos. Sin imaginación ni motivaciones. Sin recuerdos.

Cada vez que esto suceda, quizá simplemente haya que recurrir al librero como quien va al doctor. Max se desentiende, sin embargo, del papel de guía o pedagogo: “No oriento a la gente, inclusive, si puedo, los desoriento. Yo aprendí leyendo las peores aberraciones. Me di cuenta que esos libros eran baratos y nadie los quería, por soporíferos”. Se asume como un mercachifle: cada quien debe encontrar su camino como lector, pero él despliega el mapa con malicia. Observa a los clientes potenciales y, sin decirles nada, coloca un ejemplar especial sobre la mesa o en la vitrina que da a la calle. Para quien los sepa ver, son asideros en lo pantanoso de la rutina. Quizá baste la exposición a ese entorno para sacudirse el cansancio y recuperar la curiosidad.

Entre rarezas y desechos hay diferentes tipos de librerías. Los buenos libreros son curadores de lo usado. Ir a una librería de viejo es exponerse al capricho de otro y sus laberínticas decisiones. Pero también es entrar a un cuenco de destinos. ¿Cómo llegaron esos libros ahí? ¿De dónde vienen? Esas trayectorias dotan de aura al espacio y a los objetos.

Al recorrer lentamente las repisas, mis dedos se topan con *Moby Dick* en inglés, pasta dura, editado por la Universidad de Chicago. Busco las últimas páginas de la novela para comprobar que, en efecto, estén ahí. Joyce Carol Oates relata que la primera edición del libro icónico de Melville salió por error sin epílogo. A los críticos les pareció una pésima novela porque era inverosímil que un muerto contara su historia. Pero Ishmael había sobrevivido.

Aunque encontrar lo que se busca en una librería de viejo sea tan improbable como avistar al gran cachalote blanco, siempre hay hallazgos inesperados. El librero es el cerebro ampliado del lector, pero está muy lejos de ser el aleph. Desde un enfoque estadístico casi chocante,

Gabriel Zaid calcula que hay uno por cierto de probabilidad de hallar lo deseado: “Para dar un servicio perfecto, hay dos soluciones utópicas: o tener todos los libros o tener un adivino”. Por suerte, la mayoría de los clientes no saben lo que buscan. Como su acervo tiene límites humanos, su potencia no es la del internet sino la del teatro. Max ordena sobre lo que hay en existencia y lo ofrece de manera seductora como si se tratara de un objeto que el visitante estuviera destinado a encontrar.

Seguramente más de un libro escrito en la F.L.M. ha sido influido por sus insinuaciones secretas. La mente maestra que elabora imaginarios de lectores incautos o de escritores en proceso de investigación. El librero es el interlocutor ideal para un escritor.

Desde Nueva York, la escritora Helen Hanff contactó a un local de libros antiguos en Londres para pedir materiales. Con el librero inglés Frank Doel, comenzó una relación epistolar que se prolongó por veinte años. Con una sencillez entrañable hablaron de ediciones como *Los cuentos de Canterbury* de Chaucer, *El lector común* de Virginia Woolf, *Memorias del duque de Saint-Simon*. El intercambio se extendió a su familia y a los demás trabajadores de la librería Marks & Co, a quienes les enviaba, para hacerles más llevadero el racionamiento de la posguerra, desde huevos hasta medias de *nylon*. Las cartas se transformaron en un libro que lleva por título la dirección de la librería: *84, Charing Cross Road*, que se convirtió en obra de teatro y luego en una película protagonizada por Anne Bancroft y Anthony Hopkins. Lo busqué, sin éxito, en la Librería Jorge Cuesta.

En *84, Charing Cross Road*, el intercambio comercial se vuelve afectivo. Gabriel Zaid dice que el comercio es “el toma y daca de una conversación”. De niña, al escuchar a los adultos, esperaba cualquier pausa para intentar sumarme a la ola, practicar el habla y con ella el pensamiento, el arte de conversar. Asocio el deseo de ser escritora con querer participar en la conversación ampliada de los tiempos.

Eso ha derivado en la acumulación exagerada de libros que duele especialmente durante las mudanzas.

Nos gusta pensar en la cultura como algo más noble, más secreto, más iniciático que la compra de papas fritas, pero el origen del libro es indisociable a su vulgarización. El protestantismo convirtió a la Biblia en un *bestseller*. “Todo comercio es conversación”: Gabriel Zaid es optimista frente a la posibilidad de que el saber sea un bien público. Todo forma parte de la fábrica milenaria, como llamó Borges al lenguaje.

En *Tiempos modernos*, Chaplin retrata el proceso de ensamblaje: cada obrero aprieta una tuerca sin ninguno ser dueño de la máquina. En la Revolución Industrial se explotó la fuerza física del hombre, pero en el estadio actual, también se extrae valor del lenguaje, las emociones, la creatividad, las relaciones humanas, como sucede en las redes sociales, por ejemplo. En el capitalismo cognitivo, el producto de mayor plusvalía es la información que se genera al ritmo de escritura del cognitariado. Tanto los escritores jóvenes como las librerías de viejo somos subalternos en este proceso industrial, pequeños recicladores de historias.

A los veinticuatro años, Salvador Novo anotó en Return ticket la forma indigna en que envejecen los ejemplares estadounidenses. Esa industria, que lanza continuamente grandes tirajes de novedades editoriales de bolsillo (*paperbacks*), no cultiva el aura que adquieren con el tiempo los libros de otras geografías. En *En defensa de lo usado*, un Novo más maduro cuestiona el consumismo, la sobreproducción de las máquinas, reivindica lo hecho a mano y el sentido de lo perdurable. Quien goza de los objetos usados –dice Novo– no es que no desee estrenar sino que aprovecha la experiencia ajena. Hay una diferencia entre lo viejo y lo obsoleto: una biblioteca antigua frente a un tiradero de electrónicos. Al fomentar el gusto por lo usado, las librerías de viejo son también sabotadoras del engranaje capitalista y su obsolescencia programada.

Paso a ver a Max, a quien comienza a incomodarle la frecuencia de mis visitas. “Ya te dije que yo no oriento a nadie”. Le pido por favor que al menos me desoriente. Me cuenta de un tal Tolentino que comenzó vendiendo jugos en la colonia Roma. Bajo la cultura mexicana del fiado, más de uno le ofreció pagar su bebida con un libro que ya había leído o que no pensaba leer. Don Tolentino, con resignación, aceptaba que los dejaran ahí. Inesperadamente llegó otro que preguntó, “¿a cuánto?”. Así, poco a poco, la juguería se transformó en un kiosco de libros. A la anécdota le sigue el chiste obvio: ¡Le sacó jugo a los libros!

Contesto lo optimista de la anécdota con una noticia: la librería Marks & Co, que surtía a la escritora Helen Hanff, a partir de 2015 se convirtió en un McDonald’s. Ahora sólo queda una placa en el edificio que consigna la relación entre librero y lectora. Todo está perdido, le digo, los libros serán sustituidos por hamburguesas de mala calidad. Max revira: en McAllen, Texas, un Walmart se transformó en la biblioteca de un solo piso más grande de Estados Unidos. A punto de perder la paciencia me da un último ejemplo mientras me orilla a la salida: los trabajadores de Silicon Valley han invertido en escuelas donde no se permite el uso de pantallas. En el método Waldorf de educación lo principal es la imaginación de los niños. Si los propios genios detrás de la tecnología confían más en los libros que en las pantallas es porque ahí está el futuro: las librerías de viejo serán de nuevo.

Antes de irme, escucho que Max cuenta a otra lectora una historia completamente distinta de su infancia. Sonríe y regreso a la Fundación donde continúa imparable el sonido que producen las teclas cuando los dedos caen sobre ellas con desesperación. También suena la impresora al expulsar borradores calientes a punto de ser corregidos con tinta roja. Me alivia saber (gracias al libro de Jean-Yves Jouannais) que si esos textos no llegaran a publicarse, encontrarían refugio en la biblioteca Brautigan

destinada a los manuscritos abortados, abandonados, perdidos en el camino.

Escribo a pesar de la estadística, del miedo al fiasco, en parte porque no sé hacer algo más útil, pero también para procesar los acontecimientos. Imagino cada día como un bolo alimenticio inconmensurable que sólo logro tragar de esta forma: una letra, un fonema tras otro. Como los alcohólicos: un sintagma a la vez. Leer es parte del mismo proceso fabril de desintoxicación, una forma de urdir sentido frente al caos.

De los mercados a los bibliófilos. El libro de viejo a principios del siglo XX

Sebastián Rivera Mir

En 1938, un periodista recorrió La Lagunilla en busca de la opinión de los libreros de viejo sobre qué leían los mexicanos. Uno de ellos, Justino Fernández, casi un anciano, instalado en la calle de Honduras, le respondió unas palabras que podrían aplicarse a casi todo el siglo XX: “... ya nadie lee”. Pero el periodista insistió y el librero fue menos escueto en sus respuestas. Los compradores de La Lagunilla preferían las aventuras de Rocambole, Los Pardaillan o Los tres mosqueteros. “Hay algunas cocine-ritas –añadía– que vienen aquí por su *Epistolario del amor*, donde hay cartas de todos los estilos: las de agradecimiento, las de nostalgia, las de dolor, las de despecho... Una vez vino una joven del pueblo que me pidió un libro donde hubiera una carta de odio. Me resistí a ofrecerle nada, y por último le vendí un ejemplar de Werther de Goethe, que es todo, menos odio”.¹ Al final de la nota el periodista

1 “¿Qué se lee en México?”, en *La Voz de México*, 13 de octubre de 1938, p. 5.

reconoce que dejó la tienda llevándose bajo el brazo un ejemplar del *Epistolario del amor*.

Pero, ¿por qué un librero de viejo sería en aquellas fechas alguien capacitado para responder qué leían los mexicanos? No se trataba sólo de la ausencia de encuestas o censos, de la carencia de anuarios bibliográficos o la falta de tino del reportero en cuestión. Algo posicionaba a estos personajes como mediadores entre el mundo editorial y los lectores. La función de los libreros de viejo no se limitaba sólo al acto comercial de intercambio. Al contrario, podríamos adelantar que eran, al igual que en la actualidad, mucho más que simples vendedores de una mercancía. En las primeras décadas del siglo xx, cumplieron una función cultural asociada a la difusión del impreso, orientando lectores, ofreciendo textos discontinuados, generando sus propias publicaciones o manteniendo en diálogo extemporáneo libros de diferentes épocas y contextos. De ese modo, han complejizado y enriquecido nuestra bibliodiversidad, lo que finalmente los transforma en una pieza clave para responder qué leen los mexicanos.

En las siguientes páginas se vislumbrarán tres coordenadas que nos pueden ayudar a comprender la importancia de las librerías de viejo en el México del periodo. En primer lugar, es necesario caracterizar a los sujetos implicados. Reconocer quiénes fueron estos libreros es útil para comenzar a valorar los alcances del esfuerzo cultural y comercial desarrollado por estos agentes. De igual modo, como acto reflejo, esbozar la figura del librero mexicano también permite trazar algunas líneas tenues que reflejan a los lectores y a los consumidores de libros.

Después de esta revisión, se profundizará en los lugares que ocuparon las librerías de viejo. Sus ubicaciones no fueron azarosas durante el siglo xx y conjugaron una serie de impulsos provenientes del ámbito cultural, del mercado inmobiliario, de las condiciones económicas, de las directrices políticas, entre otras variables. Abrir una librería de viejo en determinada zona fue también un acto que acom-

pañó a los procesos urbanos de modernización. Mientras las ciudades crecieron, ciertos espacios se especializaron, otros fueron perdiendo su importancia, de modo que las librerías de viejo estuvieron en un diálogo constante con lo que sucedía en las ciudades.

Finalmente, el tercer apartado de este capítulo corresponde a los límites de las librerías. Sin perder de vista que su principal preocupación siempre ha sido la comercialización de libros, es necesario también detenerse en las diversas actividades que se desarrollaron a partir de estos espacios. Centros de sociabilidad, casas editoriales, lugares de memoria, gestores culturales, tiendas para coleccionistas, son sólo algunas de las funciones que desarrollaron a lo largo del siglo xx. Nuevamente, la intersección de estas iniciativas tampoco fue azarosa y nos permite, a contraluz, esbozar la figura del lector/comprador/bibliófilo que recorrió estos lugares.

De librereros adivinos

En un ensayo publicado en 1986 por la Librería El Prado en su trigésimo octavo aniversario, Gabriel Zaid se preguntaba hasta qué punto los librereros actuaban adivinando los gustos y placeres de sus compradores. En muchos casos, a su juicio, los librereros actuaban como agentes de compras, bajo su propio riesgo, para los consumidores asiduos a sus locales.² Adivinar era parte fundamental del negocio, algo que los actuales implicados suelen todavía reconocer como una de sus principales características.

Aunque más allá de todo el esoterismo o la misticidad que rodea a las librerías de viejo, otro aspecto que suelen exhibir los librereros contemporáneos en entrevistas y reportajes periodísticos, es la capacidad de moverse

2 Gabriel Zaid, *¿Adivinos o librereros?*, México: Colección de Amigos de la Librería El Prado, 1986.

con facilidad en el mundo de la cultura. Es indispensable no sólo conocer sobre escritores y poetas, sino todos los elementos que rodean al libro, como tipografías, editoriales, los requerimientos de estudiantes y académicos, los “errores” que hacen valiosa alguna edición, los ilustradores, los grabadores, los *ex libris*, y un largo etcétera. Su vinculación con la cultura no ha sido tangencial, como el lugar que parecieran ocupar en las actuales encuestas de lectoría; al contrario, su buen desempeño como articuladores entre la demanda y la oferta de libros ha pasado por su inmersión en la cultura mexicana.

Esta figura del librero comenzó a construirse y complejizarse en los primeros años del siglo xx y se proyectó a lo largo de toda la centuria. Artemio del Valle Arizpe escribió con dedicación sobre dicho periodo: “[...] por esos tenderetes, por esos pintorescos baratillos; ahí Ramírez, el Meneses, el Navarro, el Jenarito, el Curiel, el indio zapoteca Juan López, provocando siempre la polémica con los versillos y las leyendas que les ponía a las estampas, el gordo Ángel, Felipe Teixidor, acucioso y gentil camarada, unos limpios, otros cochambrosos, pero todos encareciendo con habilidad su mercancía”.³

Los nombres mencionados por el escritor conectaban el pasado siglo xix con los libreros protagonistas de la siguiente centuria. Por ejemplo, encontramos a Juan López, cuya raíz zapoteca no era casualmente mencionada por Del Valle Arizpe, ya que este librero liberal y masón, instalado en el mercado del Volador, se jactaba de su participación política junto a su paisano Benito Juárez. Genaro Estrada también recuerda que López aprovechaba todo grabado, cromo o litografía conservadora o religiosa para anotarle alguna frase controversial.

Si este librero destacaba sus raíces decimonónicas y anticlericales, otro de los mencionados, Enrique Navarro,

3 Artemio del Valle Arizpe, *Don Victoriano Salado Álvarez y la conversión en México*, México: Editorial Cvltvra, 1932, pp. 11-12.

dueño de la librería que llevaba su apellido, comenzaba a abrirse un espacio en medio de las disputas del siglo xx. Navarro se convirtió en uno de los principales difusores de libros para la izquierda mexicana y su negocio fue un centro cultural para exiliados republicanos, para socialistas y otros militantes. Además, desde fines de la década de 1920 impulsó algunos proyectos editoriales como Ediciones Frente Cultural, que llegó a distribuir libros y folletos de marxismo a lo largo de toda América Latina.



Juan López, librero de viejo. Foto Archivo Casasola. INAH ©5464

Pero en esos años, a quien se consideraba el patriarca de los libreros de viejo fue a Agustín Orortiz, porque, como en todo gremio, las jerarquías entre unos y otros se desplegaban de manera ineludible. Su trayectoria coincidió con la mayoría de sus colegas capitalinos. Sus primeras armas en la compra y venta de libros las hizo en provincia, específicamente en Puebla, desde donde se trasladó a la Ciudad de México (Navarro había llegado desde Michoacán y López desde Oaxaca). En 1896 se

instaló a un costado del Sagrario Metropolitano, espacio denominado en aquel entonces Paseo de Las Cadenas, pese a que éstas habían sido retiradas algunos años atrás. Desde ese lugar, logró moverse a la Calle del Esclavo (la actual República de Chile) con Donceles, ahora a una tienda menos precaria. Su acervo fue tan relevante, que las bibliotecas de Harvard, del Congreso de Estados Unidos y de la Universidad de California, compraron partes a sus herederos después de que murió en 1933.⁴

A diferencia de Orortiz o Juan López, la mayoría de los libreros del periodo no llegó a tener esta notoriedad. Benita Galeana, militante comunista durante los años treinta, dejó un testimonio sobre un librero inserto en las luchas políticas, pero no mencionado por otros cronistas ni bibliófilos. Emilio Arias tenía un puesto de libros en el Mercado Hidalgo y fue un activo participante de las movilizaciones, las huelgas y las reuniones del comunismo local. A pesar de usar muletas, participó en los violentos enfrentamientos que estos militantes tuvieron con los camisas doradas, de filiación fascista. “Sucede que como seguido íbamos al Mercado Hidalgo a hacer mítines cerca de su puesto, él había escuchado todos nuestros discursos y se había convencido”,⁵ recuerda Galeana. Para los militantes de la izquierda, el libro y, por lo tanto, el mundo editorial, fue parte sustancial de sus actividades, a tal grado que muy difícilmente podemos separar ambas prácticas en la vida cotidiana de estas personas.

En términos generales, la vinculación con la política, emprendida por algunos de manera directa, y por otros a partir de la difusión cultural, ha sido parte de cierto compromiso social que los libreros asumieron en este periodo. Esto también tiene que ver con la asociación que muchas veces se hizo entre el libro, la lectura, la educa-

4 Pereira, Armando (coord.), *Diccionario de literatura mexicana: siglo xx*, México: Ediciones Coyoacán – UNAM, 2004.

5 Galeana, Benita, *Benita*, México: Lince Editores, 1990, p. 137.

ción y las mejoras sociales y políticas. El carácter ilustrado y modernizador que José Vasconcelos, como secretario de Educación, dio a la circulación y difusión de libros, fue parte de un movimiento cultural más amplio y que incluyó de manera especial a los libreros mexicanos.

Pero no todos los libreros respondieron a un plan estructurado o proyectaron sus librerías como un ejercicio profesional. Por supuesto, en muchas ocasiones esto fue el resultado de una conjunción de factores azarosos e inesperados. Antonio Caso y Efrén Hernández, por ejemplo, pusieron una librería por las condiciones económicas en que se encontraban.⁶ Enrique Ramírez y Ramírez, Ignacio León y Carlos Rojas Juanco, militantes comunistas, pasaban por un costado de la Librería Porrúa y vieron que un pequeño bodegón se rentaba muy barato. A su juicio, estaba perfecto para vender libros de lance (nombre que recibían los viejos o aquellos dados de baja por las editoriales), así que en un par de semanas ya tenían abierta su propia librería.⁷ Ejemplos de este tipo podemos encontrar a lo largo de todo el siglo xx, aunque en muy raras excepciones estas iniciativas se mantuvieron en el tiempo.

El reconocimiento que llegaron a tener algunos de ellos, pese a que sus tiendas eran pequeños estancos en el Volador o en algún otro mercado, los hizo no sólo ser objeto de los fotógrafos afamados de la época, sino aparecer en la prensa y formar parte ineludible de las crónicas urbanas, género que se fortalecía cada vez más a medida que la ciudad se volvía más extraña para sus habitantes. Veamos ahora cómo se desplegaron a través de la ciudad.

6 Henestrosa, Andrés, *Personas, obras, cosas*, México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2003, p. 31

7 Bataille, León, *Memorias de un forastero que pronto dejó de serlo (México: 1931-1946)*, México: El Día en Libros, 1987.

Los lugares

Hasta el momento hemos mencionado algunos lugares en los cuales las librerías se establecieron: el Mercado del Volador, La Lagunilla, el Mercado Hidalgo, a un costado del Sagrario. Sin lugar a dudas, las librerías estaban situadas en los centros de consumo de la ciudad. Junto a los artículos de primera necesidad, como hortalizas, frutas y pulque, se podía encontrar la oferta de libros, folletos, cromos e incluso partituras musicales.

Esta relación entre la cotidianeidad y los materiales impresos fue también percibida por José Vasconcelos, quien impulsó que las bibliotecas dejaran de ser lugares ceremoniosos y solitarios y se convirtieran en recintos “abiertos” al público, como los gabinetes de lectura privados. En algunos casos estas directrices hicieron que algunas bibliotecas se instalaran en plazas, mercados e incluso simplemente afuera de las oficinas gubernamentales.



Puesto ambulante del Departamento de Bibliotecas de la Secretaría de Educación Pública. Foto Archivo Casasola. INAH ©27862

Para comprender el desarrollo de las librerías de viejo, es necesario mencionar el esfuerzo vasconcelista, que fue quizás uno de los planes estatales más importantes respecto a la expresión de la cultura. Si bien la década de conflicto armado había impactado en los procesos

culturales mexicanos, a comienzos de los años veinte, la Secretaría de Educación Pública financió una serie de proyectos que ampliaron no sólo la cantidad de lectores, sino que fortalecieron los distintos aspectos del mundo del libro. Desde las imprentas hasta los escritores, pasando por las editoriales y especialmente por los centros de estudio, se vieron beneficiados con estas medidas. Según Fernando Peñalosa, la cantidad de librerías en México pasó de 80 en 1912 a cerca de 200 en 1925. Mientras que en la Ciudad de México en particular de 17 pasaron a 39 (sin contar las más de treinta editoriales que también vendían libros).⁸ Los libreros de viejo abrevaron de estos procesos, no sólo aumentando sus acervos, sino que expandiendo la cantidad de clientes potenciales, incluso algunas entidades como la Librería Cicerón apuntaron directamente a producir libros de texto para el creciente mercado. Pero antes de ver esta diversificación, quedemos en cómo impactó esto en la distribución espacial de las librerías.

Quizás el lugar que más llamó la atención de los cronistas del periodo fue el Mercado del Volador. Ubicado donde hoy en día se encuentra la Suprema Corte de Justicia de la Nación, a unos pasos del Zócalo, conjugaba las librerías con las tiendas de antigüedades y el abasto de frutas y verduras. En este lugar, los domingos eran días especiales. Las tiendas abrían a las 8 de la mañana. Primero desfilaban los expertos anticuarios buscando las novedades a buen precio. Después comenzaban a llegar los compradores y visitantes, para concluir la mañana con un grupo de contertulios que aprovechaban el paseo más para socializar y conversar sobre libros que para hacer alguna compra. Genaro Estrada nos dejó algunas crónicas donde se advierte la vivacidad de este espacio: “Los domingos, las librerías se extienden en mesas anexas, en las cuales se amontonan las colecciones de

8 Peñalosa, Fernando, *The Mexican Book Industry*, New York: The Scarecrow Press, 1957.

La Ilustración Francesa, los argumentos de óperas y los folletos sobre agricultura, industria y comercio [...] Los anaqueles, el mostrador, los pilares, todo es aprovechado en las barracas de los libreros, para la exhibición de muestras y enseñas. Sobre el muro exterior, cordeles paralelos sostienen bandas de las materias más disímiles [...] Prendidos a un cordel, en el que se sostienen con pinzas de madera para ropa, están los cuadernos de La Novela Semanal. En hilera, sobre el mostrador, autores españoles y mexicanos [...] luego, unos tomos de Darío, de las obras completas, con autógrafo del niño Rubén Darío Sánchez y, destacando su nota naranja, otros de la colección La Cultura Argentina”.⁹

Pero el recorrido del estudiante, del lector por placer o del bibliófilo, no terminaba en el Volador. Otro mercado a unas cuantas cuadras, también acaparaba (como lo hace hoy en día) la atención de los consumidores de libros de viejo: La Lagunilla. Acá las tiendas eran aún más precarias, y los libreros estables se mezclaban con las personas que, obligadas por necesidades coyunturales, ofrecían todo tipo de artefactos y antigüedades. Nuevamente, las descripciones nos conducen al día domingo, pues como buen ritual de consumo, la compra de libros también tiene sus momentos y pautas. El periodista mencionado al principio de este artículo, también dejó sus apreciaciones sobre La Lagunilla: “En este mercado, difícilmente transitable los domingos en que de todas partes de la ciudad acuden compradores, hay varios libreros que tienden sus mercancías sobre modestos papales, y que acaso ignorándolo, prestan un gran servicio realizando libros que muchas veces no se encuentran ya en las librerías. Una necesidad urgente, una deuda inaplazable, obligan a los dueños de libros a venderlos por precios mínimos en los

9 Estrada, Genaro, “Pedro Galín”, Estrada, Genaro, *Obras completas: Poesía, narrativa, prosa varia, crítica, arte*, Vol. 1, México: Siglo XXI Editores, 2004, pp. 146-147.

puestos de viejo. Y a ellos acuden estudiantes pobres para ver si encuentran el texto de medicina que les hace falta, o el de álgebra, o el libro de versos que no es posible localizar en ningún otro sitio de México".¹⁰

Hacia fines de la década de 1920, con la desaparición del Volador, pero también con los procesos internos de las librerías y con la crisis económica en ciernes, se modificó el escenario. La especialización de algunas, sumada a la ampliación de sus acervos, implicó que un pequeño estanquillo en el mercado no fuera suficiente. Se requería la solidez de un lugar para las incipientes maquinarias, pero también la estabilidad climática para las bodegas y aunque fuera un espacio pequeño para las reuniones de colaboradores y dependientes. Enrique Navarro, César Cicerón, entre otros, pasaron sus librerías-editoriales del Volador a la calle Seminario, a un costado de la Catedral. Otros se mudaron hacia Puente de Alvarado, Hidalgo, o San Cosme, calles que conectaban los barrios residenciales con el centro de la ciudad y por las cuales se desplazaban numerosos transeúntes.

La calle Donceles, cercana tanto a la Universidad Nacional, ahora autónoma, como a la Escuela Nacional Preparatoria, también comenzó lentamente a recibir a los libreros de viejo. En esta última, Nicolás Casillas se instaló a mediados de la década de 1930, dando paso a una de las familias más importantes en el rubro actualmente. De ese modo, esta calle, que había sido conocida por sus actividades productivas como muebles o cordobanes durante el virreinato y el siglo XIX, se consolidó como el lugar de las librerías de viejo dentro de la Ciudad de México.¹¹

10 *Op. cit.*

11 Este proceso de centralización también ha afectado de diversas maneras a otras ciudades mexicanas, así encontramos la calle López Cotilla de Guadalajara. Lo mismo sucede en la calle Matamoros de Aguascalientes, donde los libreros ofrecen incluso ejemplares del siglo XVIII. En Querétaro, entre las calles de Ezequiel Montes y Pasteur, se han establecido siete librerías de

Los límites de las librerías

Hemos dejado para el final algo que muy posiblemente el lector esté preguntándose desde hace ya un buen rato: ¿Qué era una librería de viejo en las primeras décadas de siglo xx? De hecho, en los párrafos precedentes hemos abierto algunas ventanas sobre las actividades que llegaron a realizar este tipo de entidades. Si su principal característica fue vender libros de viejo (esto también lo hacían algunas librerías convencionales, aunque en menor medida), también incorporaron a sus prioridades casi todas las actividades relacionadas con el mundo del impreso.

En la lista que nos propuso Artemio del Valle Arizpe, citada unas páginas atrás, encontramos el nombre de Felipe Teixidor. Quizás sea un buen modo de entrar a esta temática, ya que fue librero, editor, escritor, bibliógrafo, traductor y académico. “El Murciélago” se llamó su puesto de libros en el Volador durante los años 20 y daba cuenta de sus actividades noctámbulas, pero también de cierta apuesta cultural vanguardista un tanto desapegada de librerías que solían simplemente llevar el apellido de su dueño. A principios de los años treinta aprovechó sus conocimientos sobre la materia para escribir uno de los primeros catálogos bibliográficos del siglo xx.¹² Del mismo modo fundó su editorial recuperando la misma denominación que su librería. Sus actividades se desarrollaron tanto entre las cuatro paredes de su negocio, como en centros de estudio, dependencias gubernamentales, parques públicos o las calles ciudadinas.

Esta capacidad de desdoblarse que tuvieron los libreros fue importante para la actividad libresca y cultural del México posrevolucionario, pues si bien hemos dado

viejo, algunas oriundas del lugar, otras instaladas por antiguos libreros de la Ciudad de México.

12 Teixidor, Felipe (comp.), *Anuario bibliográfico mexicano de 1931*, México: Secretaría de Relaciones Exteriores, 1932.

algunas cifras halagüeñas, de todas maneras los espacios y recursos eran limitados. La relación entre movimiento cultural, librería y editorial se plasmó en el apoyo a grupos tan importantes como, por ejemplo, los estridentistas. Gracias a la relación entre la librería de César Cicerón y el grupo conformado por escritores, pintores, grabadores y artistas de la vanguardia posrevolucionaria (Manuel Maples Arce, Arqueles Vela, Germán List Arzubide, Fermín Revueltas, Leopoldo Méndez, entre otros), las calles de la Ciudad de México se llenaron de su manifiesto inaugural. De igual modo, sus primeros libros aparecieron bajo el sello de la librería, mientras que la revista que los aglutinó, *Radiador*, llevó en la portada su dirección para que los interesados supieran dónde comprar los ejemplares.



Portada *Esquina*. *Poemas de German List Arzubide*, México: Librería Cicerón, 1923.

Esta relación fue recíproca y Fermín Revueltas, a la par que trabajaba junto a Diego Rivera, hizo un pendón para la librería, el cual colgaba desafiante en el exterior de local ubicado en Madero 56. Las instalaciones sirvieron para las exposiciones del grupo y para sus tertulias cotidianas.

En la década de 1930, cuando los estridentistas ya habían fundado su propia editorial en Xalapa, la Librería Cicerón, ahora instalada en la calle Seminario, decidió emprender un nuevo proyecto editorial, aunque esta vez relacionado con los ejemplares de texto para los estudiantes universitarios. En la actualidad, los libros de texto conforman más de 80 por ciento de los libros que se producen en México. En aquel entonces jugaban un papel determinante y más complejo para la sobrevivencia de las editoriales y librerías. Los libros de texto en las décadas de 1920 y 1930, correspondían al mercado más estable dentro de la industria editorial. A diferencia de la literatura, de la poesía, de las artes o de la pornografía, este tipo de productos poseía consumidores que se veían obligados a comprarlos año tras año. Aquellos descartados por un estudiante solían entrar nuevamente al mercado a través de los libreros de viejo. Y otra variable que impactaba en este comercio era que además estaba fuertemente relacionado con las compañías internacionales. Muchas veces los libros creados en México con esta finalidad eran discriminados por los consumidores, que los consideraban de menor calidad que uno proveniente del extranjero. Esto significaba que muchas librerías compraban directamente los libros de texto extranjeros, mientras que los nacionales sólo era dejados en consignación, con el consiguiente retraso del pago. De ese modo, la apuesta de algunos libreros-editores buscaba explotar un mercado consolidado, pero también implicaba el riesgo de un fracaso que llevara a la quiebra. La ventaja de los libreros de viejo comprometidos en este negocio fue precisamente su capacidad de diversificar sus actividades, de conocer a los compradores y, finalmente, poder reaccionar a las

tendencias del mercado lo más rápidamente posible. En estas tres características descansaron los límites de las librerías de viejo.

A modo de conclusión, me parece necesario enfatizar que los sujetos, los lugares y las prácticas asociadas a estas librerías durante las primeras décadas marcaron de cierto modo todo el siglo xx. Quizás revisando algunos ejemplares de la revista *Galera*,¹³ relacionada con los principales libreros de viejo de la Ciudad de México, uno puede inmediatamente percatarse que su relación con la cultura continúa siendo tan relevante como su capacidad de comerciar sus libros. El rescate de autores olvidados, la recuperación de propuestas visuales tipográficas o grabados, la discusión sobre el carácter particular del libro –mercancía y, a la vez, producto simbólico–, y la experiencia de los libreros a fines del siglo xx y principios del xxi, son algunos de sus intereses.

Los esfuerzos de los libreros de viejo, desarrollados hace ya casi cien años, no han perdido vigencia. Al contrario, el actual crecimiento de las editoriales independientes, de espacios de lectura alternativos, de otros tipos de acercamiento al mundo del libro –ya no impreso, sino electrónico–, son también parte de aquellas iniciativas que buscaban impactar en la sociedad.

Finalmente, recuperar la historia y las experiencias de estos libreros de viejo nos ayuda a responder qué leían los mexicanos. Pero no sólo nos sirve para eso. A través de ellos y sus experiencias podemos conocer por qué un pequeño grupo de agentes culturales optó por el libro como un mecanismo para mejorar las condiciones sociales, políticas y culturales que los rodeaban.

13 Agradezco a Gabriela Cano por facilitarme algunos ejemplares de esta revista.

Librerías de viejo, brevísimo glosario personal

Carlos Francisco Gallardo Sánchez

Amigos. Los libreros de viejo no son tus amigos, son en todo caso tus cómplices en la resolución de un misterio: el libro que buscas y que no encuentras, que ellos tienen o que podrían conseguir. Es indispensable la cordialidad mutua, por supuesto; no podría ser de otro modo para llegar al buen puerto del libro que quieres. Pero es insoslayable que en la base de esta relación hay un acuerdo pecuniario, tú pagas y ellos hacen su trabajo. Y su trabajo es difícil. Se sumergen en el mundo tenebroso del libro usado, de viejo o antiguo, y con la determinación y frialdad que les ha dado la experiencia afrontan las sombras de herederos que venden bibliotecas, de funcionarios que hacen descartes de acervos públicos, de recolectores que extraen ejemplares de la basura o del reciclaje, de mercenarios a sueldo cuyos métodos es mejor no conocer. Siempre impasibles ante las cuitas propias o ajenas, para que tú puedas alargar la mano y tomar tu libro. Quisieras que fueran tus amigos, te repites; generosos y desprendidos

como se espera. Pero no, así no funciona la cosa, ellos pagan renta también.

Amuleto. Tener buena suerte en una librería de viejo significa que uno encuentra lo que busca, incluso sin buscarlo premeditadamente, como un secreto cuyo conocimiento está vedado hasta el momento justo. Un día se encuentra el libro largamente perseguido. Otro, fulgura la obra de la que no se tenía noticia y que apacigua el deseo. La buena suerte es, sin duda, cosa del azar. E insistir las veces necesarias, ayuda. Hay algo más, la única certeza en el tema: tener un amuleto es el mejor camino para lograr fortuna en los yacimientos del libro viejo. Pueden ponerse a prueba estampillas, patas de conejo, tréboles, nuevas especies. Yo tengo el mío, su poder me guía.

Botadero. Un botadero es como la vida misma: una suma de desprecios y olvidos. Llegan aquí para conformar una orografía procelosa los libros que no cumplieron las expectativas que otros tenían de ellos, que se quedaron estancados en los aparadores y las bodegas, que se extraviaron porque casi nadie se interesó en sus páginas y, no obstante, han sobrevivido hasta ahora. Puede ser un mundo insulso, sí, lleno de insignificancias, pero por eso mismo el espacio donde hay que ser tenaz. Porque el lector que se enfrenta a un botadero de libros, deberá ante todo enfrentar la adversidad que se presenta bajo la forma de un revoltijo de ejemplares y entonces abrir veredas hacia aquel libro que, como él, tal vez persiste en medio de la confusión para que suceda este encuentro.

Cajas. Este vértigo es el mismo de cuando se afrontan las alturas y está por descubrirse un destino, a ras de tierra o entre nubes, ninguno tal vez. ¿Qué me aguarda más allá de la orilla? ¿Qué se esconde en el interior de esa caja de libros que veo con ansiedad? Me arrojo y cruzo sus penumbras y escarbo y tomo un ejemplar tras otro, busco la joya que detenga el torbellino de papel dentro de mi mente enfebrecida. Las cajas de libros en una librería de viejo: cofres de cartón con la promesa de un tesoro que se

cumple rara vez, pero que antes ya ofrecieron la aventura de su atracción sideral.

Libro. Es un dios pagano y sensual que cambia de rostro cuantas veces son los lectores que hay o habrá en el mundo. Y aunque el género de su nombre es masculino, en realidad su condición es la de un andrógino que, como en el mito que cuenta Platón, ha sido separado en los sexos que lo integraban y busca incesantemente a aquel o a aquella que lo complementa en el acto amoroso de leer y ser leído. Se habla, por lo tanto, de una erótica libresca, máximo saber que rige y propicia la unión de dos cuerpos, libro y lector, a través del goce correspondido de sus materias: olor, color, textura, volumen y otras tantas. Suyo es el poder de la seducción; las palabras y las imágenes, sus trebejos. Con el aspecto de una creación humana, muda también de edad a conveniencia. Más que una abstracción que habita en el cielo y que se despereza de vez en cuando para aleccionar, es una fuerza que levanta o arrastra, tranquiliza o sacude. Uno de los templos donde se le rinde culto es el que llamamos librería de viejo.

Polillas. Las he visto volar alrededor de los focos, atraídas como planetas a un sol. Me han parecido inocentes. Y hasta torpes cuando cesa la luz y veo que se tambalean en el aire y chocan contra los muros y la oscuridad. Algo de la fragilidad del papel tienen estas mariposas nocturnas. Esa reminiscencia es, de hecho, lo que me trae de vuelta a su naturaleza temible: el papel es uno de sus alimentos. Ahora mismo, mientras escribo estas líneas flanqueado por librereros y libros apilados donde sea posible, una se ha apostado en el filo de un estante, como un zopilote que se acerca a su inmóvil presa. Tras golpearla con el dedo índice, se ha desmoronado. Parecen hechas de tierra. Su origen subterráneo, su voracidad rastrera quedan al descubierto. Si alguna aterriza en un libro y hace nido, sus larvas cavarán túneles en las hojas e inflarán los estómagos con celulosa hasta convertirse en esos seres que buscan la luz para inmolarse. Claro está, después de

haber asegurado su reproducción y sobrevivencia como especie. Así en un ciclo infinito, enloquecedor.

Polvo. Las manos cubiertas de polvo son la distinción que otorga haber estado plenamente en la batalla. Son la señal de que se ha franqueado el abismo entre uno y el mundo en una librería de viejo, de que a través del libro se ha hecho contacto con la sustancia de la que provenimos y a la que volveremos. Un auténtico guerrero bibliófilo suspende la contemplación y se ensucia las manos; asume cabalmente la misión encomendada por sus propios intereses. El librero puede ser afanoso y sacudir los libros, pero ya sea mucho o poco, el polvo estará ahí y se levantará a nuestro paso. Entre mayor es la profundidad de la capa de polvo en la piel, mayor es nuestro honor: más han sido y serán los riesgos.

Placer. He pasado mucho tiempo visitando librerías de viejo, días y horas de asueto que en ocasiones, honestamente, pudieron tener el mejor destino de otros placeres. Comer la comida favorita o hacerle el amor a una mujer, por ejemplo. También es verdad que no logro escapar fácilmente de mí mismo, soy un vasallo de mis obsesiones, y la inquietud por algunos temas se ha instalado en mi cabeza, como una voz implacable que me conmina a no detenerme nunca. Hay un mundo de hazañas que se oculta bajo la aparente tranquilidad crepuscular de una librería de viejo. Quien ha traspasado su umbral con frecuencia, lo hace con el heroísmo de quien conoce el terreno y sabe regresar a casa con los logros de su fijación. Es sentirse importante y resuelto. Ahí, en la intimidad del hogar, frente a los ejemplares deseados, confirmo que la entrega ha valido la pena porque me he satisfecho a mí mismo. Es decir, que esto es un placer solitario; onanista, dirán algunos.

Refugio. En varias ocasiones me he ido a guarecer a una librería de viejo. No precisamente para evitar la lluvia o escapar del gentío en la calle, aunque así me haya sucedido algunas veces en un lugar como la Ciudad de México, donde llueve casi la mitad del año y somos millo-

nes los que vivimos en ella. Pienso más bien en aquellas ocasiones en las que el motivo ha sido mi necesidad de un respiro en medio de las contrariedades que suele entrafñar la existencia. Entonces no he ido en busca de ningún libro, sino de un momento: el de dejarse estar, en tregua con uno mismo, dispuesto al simple y liberador vagabundeo en los recovecos de un paisaje. Si no hubiera oportunidad de llegar a casa, una librería es buena opción para resguardarse mientras caen las bombas y, acaso luego, seguir.

Tiempo. Una librería de viejo es un cúmulo de tiempo. En su interior se arremolinan los años de existencia de los ejemplares que pernoctan en libreros y mesas. Otras duraciones menos visibles confluyen también en cada volumen: las noches en que fue escrito, los días en que tardó en ser publicado, las jornadas en que fue leído. El visitante que sabe de ello busca tiempo que pueda llevarse a casa; ofrenda tiempo a cambio, además de monedas. Horas enteras que he derrochado entre los anaqueles de una librería mientras indago, fastuosidad que he procurado para desvanecerme, después, en los bosques del libro durante la lectura y vivir más.

Tripas. Así llaman los libreros a los objetos que las personas han dejado entre las páginas de los libros: fotografías, recibos, boletos de transporte público, cromos, cartas, documentos, flores, billetes, entre los más comunes. Muchos de ellos fueron utilizados como separadores ante la siempre molesta circunstancia de tener que suspender la lectura. Otros llegaron ahí por razones más misteriosas, pero probablemente relacionadas con el resguardo y el ocultamiento. Mientras hojeaba un libro en una librería de viejo, recuerdo haber hallado en su interior una carta amorosa y, tras leerla, dejar el volumen en su sitio porque sentía que transgredía la intimidad de alguien. Existen especímenes raros que aparecen en el seno de los libros como evidencias de un mundo aún más oscuro: mechones de cabello o pedazos de comida, por ejemplo. Las tripas son la historia encarnada que los

lectores han dejado de sí mismos en los libros que alguna vez los acompañaron.

Vicio. ¿Qué es tener el vicio de los libros? Es pensar todo el tiempo en ellos, desde que despiertas hasta que toca ir a dormir. Es soñar con ellos. En los que tienes y en los que te hacen falta, en los que has leído y en los que se acumulan sin leer no en una fila sino en pilas por todo el hogar, en los que desconoces pero que forman parte de tu destino. En mi casa son la presencia más numerosa y sospecho que es su casa más que mía. En cualquier espacio libre de los enseres domésticos elementales, se dibujan ya los planos de las estanterías que intentarán contener su desbordamiento, infructuosamente. Uno los necesita para hacer la vida más llevadera, porque la vida es dura, lo sabemos, y en esa misma magnitud se requieren dosis de libros. Ir a una librería de viejo, a una de las buenas, es ir a un fumadero atendido por expertos que saben del síndrome de abstinencia, del terrible mono.

Local, estampas librescas

Martín Cinzano

Estas crónicas se escribieron desde la venta callejera de libros usados, específicamente en el corredor de libros que se encuentra afuera de la estación del Metro Balderas, en la Ciudad de México. Se atraviesan en ellas personas y lecturas, digresiones y ficción, además de cierto temple desesperado de un cronista cada día más descreído de una actividad a la que, aun así, regresa con obcecación.

El historiador

Pasa como una vez al mes, pero pasa. El historiador. Tiene pinta de profesor universitario, salvo por los zapatos con hoyos, la camisa rasgada y una muy curiosa cachucha de goma que se le cae todo el tiempo. También habla como lo haría un conferencista salido del Instituto de Investigaciones Históricas, salvo por sus frecuentes “se lo cargó la chingada” y sus intempestivos “hijos de toda su perra madre”. ¿De dónde salió? Tal vez directamente del Artículo 123, aunque para ser justos consignaremos que el historiador no huele a *mon-ice*. Huele a mierda, huele a pato, huele a perro muerto, es decir huele a *historia*, pero no a *mon-ice*.

Por esto, durante el rato en que el historiador se para frente a las repisas del local y maldice las viejas y bien cuidadas ediciones de Florescano, Cosío Villegas y alguna añeja biografía de Juárez, a nadie se le ocurre pasar cerca de ahí. Es como si durante ese lapso se instalara en Balderas un desierto donde el único personaje visible es un harapiento que babea sobre libros de historia y proclama, entre otras, la tesis de la simulación del fusilamiento

de Maximiliano y su consiguiente relegamiento (¡hasta hoy!) en un pueblito de El Salvador. “Si no me creen –re-mata el historiador ante los libros, apretando su cachucha de goma entre las manos–, me vale. Aquí mero he visto correr más sangre que todos ustedes juntos, pinche bola de ojetes”.

Al retirarse el historiador, el vendedor al fin logra expulsar el aire retenido en sus pulmones. La gente comienza a salir de donde quiera que se haya refugiado, los vendedores ambulantes reaparecen y con ellos los muchachos adictos al *mon-ice*. Es lógico: el olor a *mon-ice* se aguanta; el de la historia no.

Un saludo

Como se sabe, el daño provocado por el agua es irreversible en un libro. Esto no es problema para quienes logran leer sin inconvenientes un volumen al que le han crecido hongos o cualquier otro tipo de flora asoma entre sus pliegues; con tal de que las páginas se puedan pasar y las letras sean visibles (es decir, con tal de que siga siendo un libro y no una maceta), no ponen objeciones. Pero como al local de Balderas acude la especie de lector que frunce el ceño ante el más imperceptible de los dobleces (lo cual lo autoriza a pedir rebajas del cincuenta o sesenta por ciento), cualquier mínimo rastro de humedad resulta enemigo mortal.

La verdad, no es bonito leer un libro que quedó tieso debido a la acción de la lluvia, el mar, la nieve, el granizo, el vino, el semen o el café. Para el lector enfrentado a un libro así, es como si la indudable malevolencia, arrogancia y desidia de sus lectores anteriores hubiese sido adquirida por el libro en sí mismo, aunque éste lleve por título *Caza de conejos* o *La pesca de truchas en Norteamérica*. La humedad siempre ha conspirado contra el aliado número uno del libro: el polvo: “Toda superficie desea con vehemencia el polvo”, decía Joseph Brodsky en *Marca de*

agua, “porque el polvo, como dijo el poeta, es la carne del tiempo, la verdadera carne y sangre del tiempo”. La humedad, por tanto, además de dejar el libro en malas condiciones físicas y en pésimas condiciones metafísicas, a su vez lo transforma en un objeto petulante, y esto les sucede incluso a aquellos libros que, como los de Enrique Krauze o Gabriel Zaid, ya lo son.

Es por eso que de mayo a septiembre el local sufre. La lluvia y el granizo, por lo general, espantan a la gente (cuestión que a veces se agradece, pues el local pasa por épocas de misantropía radical), pero la amenaza más terrible se cierne sobre esas páginas que poco o nada saben de cambio climático y no tienen ingerencia alguna en las antipolíticas ambientales, como el incomprensible quite de coladeras y la rigurosa tala de árboles llevadas a cabo sobre la avenida Balderas (desde Juárez hasta Chapultepec), ambas criminales medidas adoptadas con motivo del paso de la Línea 3 del Metrobús.

Desde aquí, bajo una lluvia torrencial, los libros aprovechan entonces de enviar un enérgico saludo –se adivina cuál– a las autoridades locales y a los “urbanistas” del D.F.

Vueltas alrededor del epígrafe

¿Desde cuándo los textos escritos se vieron acompañados por esas pequeñas letras que los antecedían pero que de todos modos pasaban a formar parte importante de ellos? ¿Cómo se enfrentaron los lectores del primer epígrafe al reparar, aguzando la vista, en esas letras preliminares? Estas cuestiones forman parte no sólo de la historia de la literatura sino de una mucho más amplia historia de la escritura y la lectura: el epígrafe, tal como lo conocemos hoy, se impuso gracias a una transformación tecnológica, una alteración de los modos de leer y escribir en la que la imprenta y el desarrollo de las tipografías y, por supues-

to, los historiadores, contrariamente a este texto, tienen mucho por decir.

Hoy, eso sí, el diccionario acepta por lo regular dos acepciones de la palabra *epígrafe*: o bien la define como un resumen de una obra o de un capítulo (casi un *abstract*, diríamos), o bien como “una cita o sentencia que suele ponerse a la cabeza de una obra científica o literaria” (según la RAE). Es esta segunda acepción del epígrafe la más extendida actualmente en literatura, aun cuando no se debe olvidar que, en cuanto a la primera, los notables epígrafes-resúmenes de un libro como *Don Quijote* permanecen como determinantes en su lectura y, por lo demás, siguen haciendo reír.¹

La función del epígrafe es, en todo caso, determinante: introducir un sentido capaz de operar directamente sobre la predisposición del lector. Un lector siempre está predispuesto ante lo que leerá y carga con una noción, por muy vaga o precisa, de aquello que leerá. Eso es inevitable. Y el epígrafe, en ese aspecto, funciona al mismo tiempo casi como un catalizador, un puente entre la pre-posición del lector y el inicio propiamente tal de su recorrido por el texto. Ahora bien: por un lado tenemos epígrafes que, de algún modo, intentan abrir un pórtico a lo que se leerá a continuación, y por otro, epígrafes irónicos, más misteriosos, ambiguos, que incluso logran atentar contra la estabilidad de la lectura o asestar un golpe de entrada.

En otro aspecto, el propio texto del epígrafe resulta un buen pre-texto para que el “escritor sin asunto”, como lo llamaba Horacio Quiroga, al fin pueda armarse de uno.

1 Sólo algunos ejemplos entre muchos, tomados de la Segunda Parte: capítulo IX: “Donde se cuenta lo que en él se verá”; capítulo XLVI: “Del temeroso espanto cencerril y gatuno que recibió Don Quijote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora”; capítulo LXVIII: “De la cerdosa aventura que le aconteció a Don Quijote”; capítulo LXVI: “Que trata de lo que verá el que lo leyere o lo oirá el que lo escuchare leer”; capítulo LXX: “Que sigue al de sesenta y nueve...”, etcétera.

El epígrafe, en tal caso, adquiere centralidad y deja de constituirse en un simple adorno simpático localizado al margen del texto, aunque, como decimos, nunca es solamente un adorno simpático ni un ornamento al margen del texto. El epígrafe, ese paratexto, en tal caso es el asunto del texto, el único nudo desde el cual se desprende todo lo demás, e involucra dos fuertes desafíos que pueden llegar a angustiar al escritor (por lo menos hasta cierto punto): el epígrafe debe estar a la altura de lo que he escrito o escribiré, y (el más angustiante): lo que escribiré o escribí debe estar a la altura –o siquiera a la mitad de la altura, o siquiera llegar a los tobillos– del epígrafe.

El recurso del epígrafe encierra entonces un alarde y, al mismo tiempo, un mínimo o un máximo de sentido de la responsabilidad del escritor con respecto a la cita: “Yo he leído esto que ahora cito”, pareciera decirnos quien incluye un epígrafe. “Yo merezco borrar estas líneas porque he leído”, “yo me lo he ganado a pulso, leyendo”, continúa (y continuará) susurrándonos. Y sólo con tal perspectiva es que el epígrafe aparece, pues, como un asunto casi estrictamente literatoso: de vanidad y sacrificio.

Humillarse en Donceles

Desesperado por no tener dinero para comprar cigarros en París, un día Julio Ramón Ribeyro debió resignarse a “cometer un acto vil”: vender sus libros, los mismos libros “que arrastraba durante años por países, trenes y pensiones y que habían sobrevivido a todos los avatares de mi vida vagabunda”; libros entre los que se hallaban uno de *Ciro Alegría*, dedicado, y diez ejemplares de su propio volumen de cuentos, *Los gallinazos sin plumas*, “que un buen amigo había tenido el coraje de editar en Lima.”

Ahora bien, si a Ribeyro tal desgracia le hubiese ocurrido no ya en las calles del Barrio Latino sino en Donceles,

habría dejado de fumar: a cambio de sus libros no le habrían dado ni para un Delicado suelto.

Llevarás tu libro máspreciado a una librería de Donceles y el dependiente, luego de oír el sonido de tus tripas, te mirará con desagrado para después ofrecerte diez pesos; y si eres masoquista y ese mismo día se te ocurre pasar por la librería donde lo dejaste, verás que tu exlibro vale arriba de cuatrocientos.

Se han visto casos en los que el humillado se mata de hambre para regresar a Donceles buscando supreciado libro (apuntalado por la culpa, pues el libro se le aparece en sueños reclamándole lo tan hijo de puta que ha sido como para arrojarlo *ahí*), y, confiando en que el dependiente de Donceles al menos le concederá una pequeña rebaja, sale de la librería doblemente humillado porque los trescientos noventa y cinco pesos que llevaba no le alcanzan para recuperarlo.

Señores: al lado de los libreros de Donceles, los usuarios del Fondo Monetario Internacional parecen niños de pecho.

Los pelotazos de la vida

Hace años, Salcedo estuvo muy cerca de convertirse en portero titular del primer equipo de Pumas. El día en que fue a probarse a Ciudad Universitaria (por sugerencia de un directivo que lo había visto jugar en el Llano), simplemente lo tapó todo. El técnico entonces lo felicitó y hasta le dijo que tenía un estilo parecido al de Miguel “Superman” Marín;² aunque cuando Salcedo ya acariciaba la gloria

2 El autor agregó una nota al pie: “Legendario arquero argentino de Cruz Azul, entre 1971 y 1980, conocido además por un célebre autogol. Durante una entrevista a los medios deportivos mexicanos, reveló las consecuencias de atajar tantos “bombazos” al quitarse los guantes y dejar ver unas manos deformadas, aseverando: “son pelotazos de la vida”.

del debut a estadio lleno, agregó: “pero, caray, te falta estatura”. Y, la verdad sea dicha, tenía razón: su metro sesenta y seis ni de cerca le alcanzaba para cubrir la media exigida a cualquier portero de club profesional, aun cuando Salcedo había dado fehacientes pruebas de que sí le sobraba para cubrir cuanta pelota buscara la red o cayera sobre el área.

De ahí en más, Salcedo se volvió un tipo descreído de la vida. Vio debutar a otros porteros en Primera, manos de mantequilla por supuesto mucho más altos que él, pero que en técnica (y en *intuición*) no le llegaban ni a los talones. Comenzó entonces a estudiar ingeniería, una carrera a la que le tomó tanto cariño que nunca la terminó. Resultado: se puso a vender libros especializados en el corredor Balderas, embolsándose bastante dinero con títulos actualizados de cálculo diferencial, biología celular, física cuántica, derecho penal y constitucional.

Así, poco a poco, Salcedo fue borrando su decepcionante experiencia en el fútbol. Se dedicó a ganar dinero y a tener hijos por aquí y mujeres por allá: después de todo, vida de cretino futbolista. Hasta que un nefasto día, la policía, sin aviso alguno, le decomisó gran parte de sus libros y le impuso una multa que lo hundió. Entonces, si antes Salcedo era un muchacho descreído de la vida, ahora lo tenemos ahí, encanecido, en su local, blasfemando y escupiéndole todos los santos días contra este mundo miserable.

Aun así –y porque la sangre es la sangre–, hace unos años Salcedo volvió a las canchas. Los sábados ataja en una liga de fútbol-rápido de la colonia Guerrero, y el domingo en otra de Villa de Aragón, y en ambas, hasta la fecha, posee el récord de la valla menos batida. Seguro a ningún delantero le hace mucha gracia enfrentar a un veterano que por fin, gracias al infortunio y la venta de libros, ha alcanzado la más alta e indispensable virtud del guarda-meta: *no confiar en nadie*.

Gómez, o la tormenta

Al principio sólo es una muy vaga intuición; ¿se viene el diluvio?, ¿habrá un terremoto?, ¿el liberaloide periodista antifilósofo Fernando Savater otra vez en México? Luego, de alguna manera, la amenaza comienza a tomar cuerpo. Pero ya es demasiado tarde: desde la otra esquina, a paso lento, lo ves venir. El traje gastado, la cabeza blanca, los anteojos. Su cara enrojecida, las manos en jarra, los zapatos enterrados. Ni modo: es Gómez, indefectiblemente Gómez: prepárate para resistir. Esconde los libros de Heidegger (en Trotta), saca de ahí a los filósofos presocráticos (en Gredos), procura hacer desaparecer cualquier indicio de Fichte (en Tecnos), y, de paso, huye.

Aunque con Gómez toda precaución resultará una pérdida de tiempo. Te alcanzará igual. Olerá a Heidegger y lo encontrará. A los presocráticos los vio desde la esquina. Y junto al libro de Fichte hallará lo que andaba buscando: a Chestov. ¡A Chestov! Gómez entonces comenzará a respirar con dificultades, las manos le temblarán y soltará un bufido mientras examina el libro tan de cerca que tú verás cómo su nariz casi choca con la página y cómo Gómez mueve vertical y horizontalmente su cabeza blanca, como si en realidad se estuviera persignando con el pinche libro. Y tú piensas o de plano dices en voz alta: *Cálmese Gómez, es sólo un libro de filosofía, por favor*. Pero Gómez ni te mirará porque Gómez *no se entera* de tu existencia. Por lo demás, es una figura histórica en Balderas: él fue quien regentó hace muchos años este corredor de libros, es decir, *gracias a él*, en el fondo, tú estás donde estás, te cagas de hambre o sobrevives, para bien o para mal.

Pero eso a Gómez no le importa. Le importa Chestov. Le importa denunciar en voz alta quién es este Chestov, cuándo y cómo lo conoció, y por qué finalmente se trata de un charlatán –¡otro más!– de la filosofía. Y quizás, para darle más peso a sus palabras, Gómez gritará algo en alemán, gritará algo en el alemán de Gómez, una lengua realmente

única. Y después doblará el libro de Chestov y de mala gana se lo meterá en uno de los bolsillos de su roído traje, desde donde también sacará un billete de cincuenta pesos que, con displicencia, dejará caer al suelo. Y tú lo recogerás, pequeño miserable. Lo recogerás porque estás jodido y porque con tal de ver la tormenta alejarse, todo se vale. Y cuando la tormenta en efecto se aleja, miras el billete, haces un somero análisis introspectivo y hasta te sientes libre. Aunque no por mucho tiempo.

Mirá vos

Los argentinos regularmente pasan por Balderas rumbo al mercado de la Ciudadela para abastecerse de artesanías. Pero unos pocos se detienen, no sin sorpresa, a mirar los libros del local. Es comprensible, che: modestia aparte, acá encontrarán títulos argentinos que ya no se consiguen ni en la repisa más escondida de Corrientes. Por ejemplo: *Megafón, o la guerra* de Leopoldo Marechal, una novela extrañísima editada por Sudamericana en 1970 y cuyo protagonista –Megafón– es un “autodidacto de Villa Crespo” que libra una batalla “terrestre” y otra “celeste”. Por otra parte, nadie se extraña si rascando un poco se topa con libros de filosofía editados por Nova, La Pléyade o Siglo Veinte; o con volúmenes de poesía pertenecientes al catálogo de la desaparecida editorial Carlos Lohlé. Por último, pedimos medida a quienes se encuentren con los primeros números de *Sur*.

Otros argentinos llegan directamente al local con la divina intención de llevarse un libro de Rosario Castellanos u otro de Ibarguengoitia o alguno de Paz, ¿viste?, pero a los cinco minutos ya están dándole con Cortázar, con Sábato, con Borges y –horror– con Tomás Eloy Martínez. Éste parece ser el caso de los argentinos turistas, porque los argentinos residentes se lanzan sin rodeos ni diplomacia sobre cualquier indicio de libresca argentinidad. No se

trata de nacionalismo, salame: es la nostalgia. Porque un libro no es solamente un libro, es un recuerdo, la evocación de haberlo leído o haberlo perdido en alguna parte, por ejemplo en un vagón del subte o en el ñoba de un boliche.

“Mirá vos”, murmuran y sonríen los argentinos al toparse con una edición de Adán Buenosayres o con otra de Caterva, como si realmente constituyera una verdadera curiosidad el que tales libros se encuentren aquí. Pero bueno, pibe: tal vez sí lo sea; tal vez sí resulte una feliz curiosidad el que esos libros, los libros de Haroldo Conti, de Juan Filloy, de Antonio Di Benedetto, de Marechal o de los Lamborghini, de Paco Urondo y de Zelarayán, sigan circulando por caminos misteriosos y lleguen a Balderas o a Corrientes o a la puta que los parió, qué más da.

La salud de “El Velas”

El vecino antes no vendía libros, pero igual trabajaba en Balderas como velador; por eso le decimos “El Velas”. Fueron once años de duras jornadas nocturnas, durante las cuales no escasearon intentonas de atraco y rapiñas a los locales. Seguramente desde aquellos tiempos se le quedó arraigada la costumbre de ir armado, abrir su local a media tarde y cerrarlo hasta ya bien entrada la noche, más o menos a las doce o a veces incluso a la una de la mañana. Es, por lo demás, el paisaje típico del corredor Balderas alrededor de la medianoche: aparte de algún borracho, travestis y parejas o tríos o cuartetos de bachilleres asiduos al riesgo venéreo, por ahí sólo se ve a “El Velas”, despejado y campante.

A diferencia de su vecino, él sí exhibe material vendible: best-sellers de autoayuda, biografías de narcos, iridología, biblias resumidas, manuales para ser un mejor cornudo, en fin, todas esas cosas, y de a catorce varos. Esto no quita que “El Velas” igualmente posea olfato para atraer la atención de otro tipo de lectores, de modo que

también se provee de libros nuevos de Nietzsche, Freud, Capote, Bukowski, Burroughs, Kerouac, Auster y Bolaño, casi todos, exceptuando a los dos primeros, bajo el formato del engendro Anagrama-Colofón.

Se debe reconocer que a veces “El Velas” provoca envidia. Hay momentos en los que, sin exagerar, la gente se abre paso a codazos para observar sus novedades, dispuestas con sumo orden dentro de unos canastitos de colores o colgadas cual ropa tendida de unas cuerdas que cruzan su local de lado a lado, dándole al viandante la curiosa sensación de estar ante una verdadera salchichonería libresca. Y detrás de todo eso, como en un segundo plano, vemos a “El Velas” en acción, fresco y sonriente, forrándose, contando billetes con espíritu deportivo. Nunca se lo ha visto leyendo, y a veces, como sin querer, se le atisba la comba de un revólver bajo la chamarra, todo lo cual acentúa aún más su estampa de hombre sano.

La maestra y los gatos

La maestra es como los gatos: un día te saludan y al otro te gruñen. Los domingos se deja caer por el local, desde donde puede darle a la plática (sobre el clima, Freud, los gatos, Nezahualcóyotl o Calamity Jane) sin perder de vista el suyo, ubicado a unos treinta metros de distancia. Es bibliotecóloga y trabajó durante más de veinte años en la Biblioteca México, currículum que nadie en Balderas, ni en librería de viejo alguna de esta ciudad, puede presumir.

Llevaba una vida tranquila, de esas vidas grises tan propias de las bibliotecarias, solteronas de comida corrida en la fondita de la esquina, algún revolcón de fin de año con cierto colega igual de gris, hasta que se deschavetó. “Se me van las cabras al monte, querido”, me dijo una tarde de domingo. Y a veces, dice, se siente tan lurias que ella sola va y pide permiso para entrar en la casa de la risa. Se pasa una temporadita ahí y luego de vuelta a vender libros y coleccionar gatos.

“Los gatos me siguen desde cuando chambeaba en la biblioteca –aclara–. No sé, llegaban del parque, me imagino, y yo les daba algo de comida, cualquier cosa, y luego desaparecían por un tiempo, pero siempre regresaban, y así, los pinches gatos, son chulos, ¿no?, ve, ve cómo te miran, como si te leyeran la mente, los cabrones, como si estuvieran igual de locos que tú, ¿no?”

Muy tocadiscos estará, pero hace tiempo se dio cuenta de que con los libros no iba a sacar lo suficiente para el Pentotal ni para darles de comer a los gatos, y por eso se decidió a vender también cigarros, dulces y aspirinas. Una vez, me contó, se le quedó un frasco de Valium entre sus libros, y ante el interés de un cliente –aquí sonrío abiertamente, mostrándome su único par de dientes– se lo vendió.

Cuando los gatos, sueltos de golpe, son demasiados y andan maullando por ahí, eso quiere decir que la maestra se ha ido otra vez. Al regresar, hace inventario de los libros y los gatos y ni pienses en acercarte porque te gruñirá y te culpará, con un dedo acusatorio y un chinga tu madre, de la falta de cualquiera de ellos. Pero al siguiente día te saludará tranquilamente, riéndose incluso, con una cierta miradita de desprecio netamente gatuno que parece decirte “pobre pendejo, aquí sigues, y tú asientes y te ríes con cara de ídem”.

Noticias de la primera FELIR

En un rotundo éxito se ha convertido la primera edición de la Feria del Libro Robado, FELIR, realizada por estos días en calles adyacentes (aunque sin especificar) al metro Balderas, en la Ciudad de México. Las familias más emblemáticas en el arte de la sustracción libresca se han dado cita en este magno evento que cuenta además con la presencia de representantes internacionales (un gran

contingente sudamericano) y la impartición gratuita de talleres de perfeccionamiento, entre otras actividades.

Pese a que se trata, como decimos, de su primera versión, la FELIR es fruto de una larga historia, no por desconocida menos importante para la manutención y auge de familias completas de la lumpenburguesía, así como también en la formación de varios miles de estudiantes latinoamericanos hartos de malgastar su dinero en fotocopias. Sus comienzos en México se remontarían a los años veinte del siglo pasado, cuando un pequeño grupo de desertores renegados del vasconcelismo y el alfonsorreyismo (y, por tanto, del Ateneo de la Juventud) haría su entrada criminal en las librerías del Distrito Federal. De ahí en más, el sostenido aumento en los precios de los libros (fenómeno incesante al momento de redactar este informe), junto al fetichismo de ciertos coleccionistas, no harían sino incidir positivamente en la profesionalización de un rubro hoy imprescindible para la expansión de la cultura.

En esta primera FELIR se encuentran a la venta artículos novedosos para el raptor de libros profesional, entre los cuales destaca un sofisticado modelo desactivador de alarmas acompañado de un efectivo manual (basado en datos psicosociales asombrosos) en caso de verse sorprendido y/o violentado por los guardias de cualquier megalibrería. Está casi de más añadir que los libros expuestos al público, en el marco de la feria, desaparecen, aparecen y vuelven a desaparecer con una rapidez de movimientos apenas perceptible, cuestión indicativa del nivel de excelencia alcanzado por quienes se han dado cita en ella.

La FELIR ha sido posible gracias a un esfuerzo mancomunado de especialistas, aficionados, editores y algunas sociedades anónimas por definición, provenientes de diversas partes de México y Latinoamérica. Debido al éxito obtenido, se estudia la posibilidad de llevarla prontamente al interior de la República.

Los escritores de Balderas

Francis Scott Fitzgerald decía que los escritores inevitablemente tienen pinta de escritores. Y aunque no lo quieran y por más disfraces que utilicen, “de cualquier modo acaban pareciendo *escritores*, y todo el mundo puede identificarlos señalándolos con el dedo.”

Sin embargo, aquí en Balderas los escritores ocupan unos disfraces, lisa y llanamente, perfectos. Nadie sospecharía que aquel hábil vendedor de cojines ergonómicos contra las hemorroides es, efectivamente, un escritor. Menos aún se creería que el señor de los cuadritos de los Beatles también escribe y hasta ha osado autoeditarse un libro. ¿Quién imaginaría, por otra parte, que la señora de las películas piratas compone aforismos de vez en cuando? La maestra, la maestra locatelis, lleva su cuadernópolis y gran parte de su vidálka se la ha pasado en él: escribiendo. Y de los vendedores de libros ni se diga: éstos son los peores: con tal de ocultarse, acomplejados como están entre tanto libro, prefieren ocupar seudónimos y decir que ellos “solamente” leen.

Así, el corredor de Balderas se encuentra plagado de escritores muy bien disfrazados de vendedores. Hasta se podría editar una voluminosa antología con sus textos: la antología de los ocultos, la antología de los acomplejados. ¿Por qué no? ¿Por qué no ese libro curioso, sin género determinado, ilustrado además por los dibujantes y pintores clandestinos de Balderas (que también son legión)?

Pero lo verdaderamente curioso en todo este asunto es que, así como existen –en Balderas o donde sea– un montón de escritores disfrazados de vendedores, igualmente proliferan los casos viceversa.

Pero ésa ya es otra historia.

Aquellos breviarios

Hay lectores a los que les importa muy poco si el libro, en cuanto objeto, les gusta o no les gusta, es empastado o en rústica, verde o azul. Gente de vida sana, ilustrada y democrática, cuyo deambular por este mundo no contempla enfermedades de los nervios ni resacas de tres días. Muy bien; pero, pese a ellos, no deja de comprobarse un hecho alarmante: las editoriales han bajado considerablemente la calidad en el diseño de sus publicaciones. Un caso extremo es el de Alfaguara, aunque Seix Barral, Joaquín Mortiz, Emecé y otras tantas editoriales no le van a la zaga: al ser absorbidas por las corporaciones transnacionales del libro, además de pasar a peor vida, ellas también han arruinado el diseño que las caracterizaba.

Pero lo sucedido con los Breviarios del Fondo de Cultura Económica merece mención aparte. En general, el FCE hace tiempo se ha ido esmerando en alejar a sus lectores a través de la vista y –como si con eso no bastara– por medio del tacto. En 1958, por ejemplo, apareció en Breviarios la primera edición en español de *El aire y los sueños* de Gaston Bachelard (traducción de Ernestina de Champourcin): pasta dura, camisa, solapas, páginas finas y la reproducción de un óleo de Ricardo Martínez en la portada. En resumen, uno de esos pequeños volúmenes que jamás uno se cansará de ver, oler y tocar.

Luego pasamos bruscamente a los años ochenta, donde los Breviarios ya dan algunas muestras de franca decadencia, especialmente en lo referente a la calidad del papel y el diseño de las portadas. Aun así, las tapas duras, las camisas y las solapas no se habían esfumado, de modo que un librazo como *De Kafka a Kafka* de Maurice Blanchot, traducido al español por Jorge Ferrero, todavía conserva, un poco venido a menos, aquel aprecio y cuidado por el libro como objeto.

Y así llegamos fatalmente a esta época, cuando los nuevos Breviarios lo único que conservan de su ya lejano

esplendor es el tamaño. Adiós tapa dura, adiós camisa, fuera solapa y bienvenidas las portadas del tipo libro de texto. ¿Qué pasa en el Fondo? ¿Qué vamos a hacer con él? Es triste, es arrollador, y es uno entre muchos de los motivos por los cuales, al final, uno se enferma de los nervios y tiene resacas de tres días.

Un clásico

A mediados de los años ochenta, el protagonista de esta semblanza estudiaba Geografía en la UNAM, era militante del Partido Comunista e integraba una compañía de teatro callejero. Con eso quizás esté todo dicho. El Partido le entregaba una credencial que lo habilitaba para vender material cultural –propaganda de izquierda bajo la modalidad de libros, afiches y casetes– en las calles del centro, la Alameda Central y, finalmente, en las cercanías del metro Balderas, desde donde, luego de vender, se trepaba al vagón rumbo a Ciudad Universitaria.

En aquel entonces no existían en el corredor de Balderas los puestos metálicos de hoy ni infraestructura comercial de ningún tipo, de modo que nuestro personaje exponía su mercadería simplemente sobre la acera. Con lo que sacaba, al aludido le alcanzaba y hasta le sobraba, y así un buen día abandonó la carrera de Geografía y se dedicó cien por ciento a la venta de cultura revolucionaria, un rubro de nuestra economía siempre rentable.

Hacia el final de la década, mientras en Europa se recorría la Cortina de Hierro, en Moscú la Perestroika daba estertores de moribundo, un terrorista peruano japonés se disfrazaba de estadista y un gringo japonés decretaba el fin de la historia, a Balderas arribaba la novedad de los locales de metal. Entonces nuestro hombre captó el mensaje: junto a los libros de Lenin y casetes de Víctor Jara, concluyó que no estaría nada mal exhibir material menos

rojo o más acorde a los vientos de una época donde la palabra “comunista” comenzaba a sonar a arcaísmo.

Actualmente, su local ofrece una variedad bibliográfica sorprendente, irregular, dispuesta en un cuidadoso desorden. Por lo demás, el individuo vende y vive sin sobresaltos, aunque de esto no debieran enterarse sus acreedores, que pocos no son. La antigüedad, las dotes de histrión y un desarrollado sentido de la curiosidad le otorgan cierta ventaja: es viejo conocido de coyotes, clientes, policías, delincuentes, artistas caídos en desgracia y cuanto vago pase por ahí; es decir que todos, en algún momento, nos damos una vuelta por su local.

Si alguien desea enterarse de cualquier triquiñuela, chisme o de determinado suceso acaecido en el corredor de Balderas y/o en el más amplio mundo de la mafia de los libreros, es recomendable que vaya con él. Y si, al contrario, alguien quiere mantener ese antiguo y vergonzoso secreto bajo llave, pues es mejor que no vaya y permanezca tranquilamente en casa, descifrando la alquimia del verbo.

Elogio del fondongo

La fondondez constituye un rasgo distintivo (se diría incluso: esencial) entre los vendedores callejeros de libros usados. Compartida por músicos, estudiantes de filosofía y gozadoras impenitentes del retozo dominical, la fondondez forma parte del estereotipo de cada una de aquellas ocupaciones, además de la descarada impuntualidad y la tendencia al vicio. Pero, en el caso específico del vendedor de libros usados, el permanecer fondongo parece obedecer también a una táctica comercial fríamente calculada.

En realidad, se trata de un asunto de confianza: al lado de un chico de mirada ejecutiva, impecablemente vestido y cuidadosamente peinado, ¿no es más esperanzador para el cliente pasearse entre gente displicente que parece –y no sólo parece– recién levantada? La camisa arrugada,

los zapatos sin lustre, los ojos inyectados en sangre, ¿no lo hacen sentirse a uno realmente en casa, por fin liberado de aquella lamentable impostura de las formas correctas? La actitud indolente del fodongo le recuerda al potencial cliente que al fin y al cabo todo este rollo de la lectura y la cultura importa muy poco, y qué de terrible hay entonces en gastarse unos cuantos pesos en un pinche libro.

Obedeciendo a tal razonamiento, una vez el despreocupado cliente efectivamente ha comprado el libro, el fodongo vendedor jamás le diría que ha realizado una excelente adquisición o algo por el estilo –tal cual lo haría el chico ejecutivo–, sino que más bien se limitaría a guardarse rápidamente el dinero y encogerse de hombros. Vender libros usados en la calle se asemeja más a vender manzanas que a vender autos, aunque a algunos muchachos emprendedores esta comparación no les haga ninguna gracia. Pero es cierto: a los trajeados bien peinados de espíritu deportivo, a quienes la mayoría de las chambas les sonríen, ésta les gruñe o los deja en ridículo.

Por último: ¿qué es lo que casi siempre se encuentra en un libro usado? Roña. Y no sería literalmente decoroso arruinar la inmaculada corbata cargando fruta en estado de descomposición.

‘El caso de “El Fobias”

Antes “El Fobias” compraba cualquier título de Vargas Llosa o de Carlos Fuentes. Cuando los terminó de leer, se desesperó y preguntó si acaso teníamos más. Como la respuesta en ese instante fue negativa –él mismo se los había comprado todos–, se le recomendó darse una vuelta por las ferias de libros, donde los volúmenes de estos dos autores campean a sus anchas. “No me gustan las ferias, hay mucha gente”, respondió. Se le sugirió, pues, acudir a las librerías de Donceles, sitios vastos de casi nula densidad demográfica. “Me aterrorizan esas li-

brerías, hay *demasiada* poca gente y *demasiados* libros". Se le rogó, entonces, que encaminara sus pasos hacia el Callejón de la Condesa, un espacio de buenos libros caros donde por lo regular no hay tanta gente, pero tampoco *demasiado* poca. "¿Es ese callejón que está en desnivel? No gracias, me dan pánico los desniveles".

Bueno –dijo el vendedor por decir algo–, si se acabaron los de Vargas Llosa y Fuentes, ¿no le interesará Onetti?

En los meses que siguieron "El Fobias" se leyó todo Onetti y todo Cortázar. Después se pasó a Manuel Puig, se casó con José Donoso y llegó donde Arguedas. Y ahí, al parecer, acabó su periplo novelero. Algo le ocurrió a "El Fobias" que de un día para otro ya no vino más por narradores latinoamericanos sino por libros... de Lógica.

Es relativamente normal que después de Arguedas uno se pase a Mariátegui y de ahí tal vez a Lenin y después a Marx. Eso se acepta. Pero el viaje de "El Fobias" es extraño, por no decir exótico, y parece no haber lógica alguna entre su Arguedas y su Lógica.

Un día que lo vio venir desde la esquina, el vendedor quiso recordarle a "El Fobias" aquellos lejanos tiempos en los que era un ávido lector de narrativa latinoamericana del siglo xx, y para tal efecto le mostró un librito de Felisberto Hernández aparecido en la maravillosa colección Palabra Menor de editorial Lumen. "El Fobias" lo tomó entre sus manos como si se tratara de un objeto curioso, lo hojeó pacientemente y dijo: ¡pero este libro no trae ningún silogismo! ¡Ninguna fórmula! *¿De qué sirve un libro si no tiene silogismos o fórmulas?*

Y así fue como "El Fobias" desapareció para siempre por la madriguera de Balderas. *¡Que le corten la cabeza!*

De un solo trago

Según Georges Perec, el metro es el mejor medio de transporte para leer, puesto que el tiempo de viaje entre estación y estación “permite regular la lectura: dos páginas, cinco páginas, un capítulo entero, según la longitud del trayecto”. Perec de seguro piensa en el metro de París, porque en el metro de la Ciudad de Vanguardia leer es una tarea arriesgada. Ahí el libro recibe manotazos, empujones, secreciones, vejaciones, intromisiones del rock en español, la electrónica o la salsa, y a nadie se le ocurre pedirle disculpas. Aun así, podemos admitir que leer en el metro de la CDMX a eso de las once cincuenta y tres de la noche –cuando los vagones van prácticamente vacíos– es un sereno placer.

En el local de Balderas, por el contrario, se hace muy difícil leer. Uno está entre buenos libros, pero siempre habrá algo o alguien que te interrumpirá; un bocinazo, una lluvia, el incauto ciudadano que quiere comprarte un libro o el voltaje del equipo de sonido del gordo adicto a la cumbia regiomontana. Por eso, si de leer en el local se trata, más vale hacerse amigo de las notas, los aforismos, los poemas cortos. Amigo de Lichtenberg y de Efraín Huerta, por ejemplo. Amigo de Karl Kraus y de Nikito Nipongo, por supuesto. Amigo de aquellos que no se aguantan y sin más preámbulo se beben el vino de un solo trago, y después otro y otro y así hasta reventar.

En tal sentido se agradece que esos libros suelen pasar desapercibidos. La forma breve, pese a la onda expansiva del microcuentismo, sigue ocupando su humilde segundo plano con respecto a las novelas o los ensayos “de largo aliento”. La mayoría de los lectores se decanta generalmente por un libro capaz de asegurarles una continuidad de lectura de al menos una semana, y no por la fragmentación arbitraria, entrecortada, del aforismo o el poema corto.

Porque así como hay lecturas para el baño, las hay para la calle, vale decir, para una calle del centro y no para

una placita de Coyoacán a las once de la mañana, donde más bien cabría ponerse a leer *La montaña mágica* o *El hombre sin atributos*. En la avenida Balderas, donde la población tiende más bien a lo bestial, es mejor acostumbrarse a aquellas lecturas rápidas que, no obstante su brevedad, implican cruzar un umbral, atravesar una zona, clavar una idea justo antes o después de ponerse a gritar, ¿por qué no?, *¡sí hay, sí haaay!*

Humbert, el coyote

¿Cuánto me da por este par de excelentes novelas, joven? Preciso vender estos libros como sea, necesito lana ahorita, porque si sigo así de jodido ella se irá. Ella se irá si no consigo feria para invitarla a cenar a lugares caros, si no le compro ese vestido, si no le obsequio la laptop que tanto desea. Yo sé que a mi edad, con mi experiencia, con mis canas, es como para avergonzarse. Pero déjeme decirle una cosa: yo ya perdí toda vergüenza y si usted, joven, la viera, si usted la viera sólo un segundo, me cae que también la perdería. Diecisiete años. Diecisiete, y con sólo mover un dedo, con sólo verla torcer el gesto, yo sufro. Por eso he decidido vender estos libros aquí mero. Y si es necesario (espero que no), pero si es necesario, vaciar mi querida biblioteca. Necesito lana con urgencia, ella no puede abandonarme y estoy decidido a impedirlo, como sea. Algún día, ya lo decía yo, acumular tanto pinche libro me iba a ser de provecho en algo, y aquí usted me tiene, ofreciéndolos al mejor postor. Me causaron placer, lo admito, les tengo mucho cariño, incluso alguno que otro, al releerlo, me trae a la memoria buenos recuerdos de épocas pasadas, de cuando yo también era joven y también tenía diecisiete años y era, aunque usted no me crea, aunque usted se ría, un Don Juan, pero eso sí, un Don Juan absolutamente moderno, como diría Rimbaud. Haga de cuenta: un galán parecido a esos canijos que salían en las

películas francesas de los sesenta, ésas que de pronto son tan difíciles de entender, no sé, qué le gusta, Alain Delon, Jean Paul Belmondo, por decirle unos nombres. Pero ahora, ¿no ve mis arrugas y mis canas?, ¿no ve esta panza delatora? Seguro ha llegado el triste momento de darle otro fin a esos libros, ¿y qué fin más noble se les puede dar sino el de merecer el respeto y quién sabe si el aprecio y quién sabe si el amor de una bella joven de diecisiete años? Tengo novelas, clásicas y no tan clásicas, europeas, asiáticas y latinoamericanas. ¿Cuánto me daría usted por *La comedia humana* en los seis tomos de Aguilar (en piel), por ejemplo? Si logro venderlos, creo poder estirar el dinero como para retenerla a mi lado, ¿qué?, ¿dos o tres semanas más? Espero usted no vaya a ser como esos cabrones, perdone que lo diga, pero de que son cabrones son cabrones; espero usted no sea como esos ojetes de las librerías de viejo que lo fuerzan a uno a malbaratar los libros, ya sabe. Lo ven a uno desesperado, casi como un drogadicto necesitado con urgencia de su dosis, y luego luego le mientan la madre con una de sus ofertas infames de veinte, quince o cinco varos. Pero usted, suerte la mía, se ve que es un joven culto, con estudios, un joven que sabrá apreciar la literatura de alto vuelo, la literatura de a de veras... ¿O me equivoco? ¿O este negocio, como dicen por ahí las malas lenguas, acaba torciendo hasta al canijo más culto, hasta al más letrado y espiritual de los jóvenes? A ver pues, escuincle, ¿cuánto por este par de novelones?

¿Por qué me metí en esto?

Básicamente por vago, es la respuesta que me doy en estos días agobiantes cuando vender un libro es realmente una odisea. Prefiero estar aquí sentado viendo el paso del tiempo, echarle un ojo al periódico, leer un cuento de Bulgákov el morfinómano. Otra respuesta posible (y un poco cínica): porque me gusta estar cerca de los libros, aunque de in-

mediato eso lo pongo en duda. No crecí entre libros, en la infancia leí poco. Mi madre, lectora de narrativa, tenía casi completa la colección Obras Maestras del Siglo xx de Seix Barral, ya la conocen, esa de tapas duras color café y letras doradas y con cuyo número 22 bastaría; pero lo cierto es que siendo niño yo sólo la miraba. Quizá siempre me han gustado mucho más las revistas que los libros, quién sabe. Uno no se da cuenta, pero ver tantos libros todos los días a toda hora hace que éstos se conviertan en lo que en definitiva son: objetos. Incluso: objetos estorbosos. ¿Se ha dormido usted en una cama con libros? No es bonito. Es más: ¿se ha refocilado con alguien en esa misma cama, intentando hacer un papel digno pero atendiendo, ¡al mismo tiempo!, a que tal libro no se doble o, peor aún, no se *moje*? Tampoco es bonito y se expone uno a ser acusado de matapasiones. ¿En qué iba? ¡Ah!, pero sí, también he aprendido a apreciar ciertas ediciones, empastes, lomos, portadas, solapas. Mirar libros como quien mira el afiche (me encantan los afiches) de una película o de una obra de teatro. Hay gente bien o malintencionada que me ha preguntado, abarcando con un movimiento del brazo el pequeño local atiborrado de libros: ¿y se los ha leído todos, joven? Me gusta la respuesta de Derrida cuando su señora madre, espantada al ver tanto libro en casa de su ilustre hijo, le hizo la misma pregunta: “Solamente dos, madre”, respondió Derrida.... “pero *bien* leídos”, agregó. Yo no sé si tengo un solo libro bien leído, pero esa respuesta es justa si se piensa, más allá de la falsa modestia, en que continuamente leyendo (o no leyendo) los demás libros desparramados, se está volviendo a ese par de libros que no siempre sabemos con certeza (más bien: no tenemos ni la menor idea) cuáles son. Sin embargo, tampoco me metí en esto, creo, para andar cantinfleando de esta manera. Eso lo he venido haciendo *a posteriori*. Nunca me dije: Voy a ponerme a vender libros para escribir sobre el oficio. Me metí en esto posiblemente porque no tenía un penique. Le vendí un libro a un librero y ese librero vendió ese libro

de inmediato y me pidió más. Así fue como comenzó todo; pero eso tampoco aclara, sino que más bien enturbia, el por qué. Otra respuesta quizá mínimamente más verosímil: porque me gusta la calle. Bien. Pero cada vez me gusta menos la tal calle, está podrida, vigilada, y quizá me voy haciendo viejo. Es más: tal vez ni siquiera me gusta la calle, pero me acostumbé a ella (si uno dice estas cosas en otro contexto también puede ser acusado de matapasiones y algo más), porque hay una cosa cierta: no puedo estar encerrado mucho tiempo, eso no. He vendido libros en espacios cerrados y no es nada bonito; no se puede escupir abiertamente, hay que poner cara de tipo diligente, esas cosas. Entonces, ¿loco? Básicamente fue por vago, disculpen ustedes el rodeo.

La épica clandestina

En sintonía con el contenido mismo de *Canto general*, las circunstancias de su edición –junto a la mitología secretada desde ahí– son en todo caso dignas del tono épico del libro, tan celebrado y tan denostado.

Corrían en Chile los tiempos de la Ley Maldita (en resumidas cuentas: declarar en la ilegalidad y perseguir a los partidos de izquierda, empezando por el Partido Comunista), impulsada por el gobierno de Gabriel González Videla (quien llegó al poder gracias a una alianza con los mismos comunistas), y aprobada por el Congreso Nacional.

En tales circunstancias, con el movimiento obrero en una curva de ascenso importante, pero castigado por la represión, ¿qué hace el PC? ¿Se va al cerro a echar balas? ¿Incendia el Congreso? Nada de eso: se consagra, con urgencia, a editar un libro. ¿El *Manifiesto comunista*? No; un libro de poemas, ni más ni menos. Para los lectores actuales esto quizá constituya, a lo mucho, un suceso anecdótico más en la chismosa historia de la literatura; acostumbrados al efecto anestésico de no involucrar la política, en

su sentido más práctico, en su quehacer cotidiano, con la poesía, la tarea de editor clandestino a la que se abocó el PC chileno en 1950 nos puede parecer otro más de sus desatinos. Sin embargo, fue de esas tareas conjuntas en las que se pone en juego el pellejo.

Primera cuestión: el tamaño. La circulación clandestina de un libro haría pensar en un volumen no muy llamativo, de formato pequeño o al menos cauto, que pase de bolsillo en bolsillo rápidamente. Pues bien: el formato del *Canto General* clandestino llevaba letras rojas y medía 27 centímetros de largo por 19 de ancho, vale decir, era sólo un poco más reducido que una hoja tamaño carta... ¡y tenía 468 páginas!

Segunda: la tipografía. El Partido Comunista chileno, de larga tradición propagandística (desde los tiempos de su fundador Luis Emilio Recabarren), formado, aun durante aquella época, en buena parte por linotipistas, recurrió a matrices abandonadas y a dos tipos de papel (264 y "pluma") difíciles de rastrear. Cada etapa del trabajo –linotipia, compaginación e impresión– se realizó en un lugar diferente, con los riesgos del traslado, pero con una maquinaria disciplinada de partido trabajando para –repi-to–, publicar un libro de poemas.

Tercera: el tiraje. Fue de cinco mil ejemplares, lo cual ubicaría en la sub-clandestinidad a todas las editoriales independientes que hoy, en estos momentos, imprimen sus libros con fondos del Estado en tiradas de mil, quinientos, cien o diez ejemplares, convirtiendo, de paso, también en clandestino al Estado como organización criminal.

Cuarta: la encuadernación. Fue tarea de un solo hombre encerrado en un taller, en el período de dos meses: imposible no imaginarlo ahí, sin poner un pie en la calle (¿un cigarro en la boca?, bueno: un cigarro en la boca), cosiendo sin pausas esos cinco mil ejemplares de una obra de 468 páginas llamada *Canto general*.

Última: la distribución. Fue un simulacro: se hicieron suscripciones diciendo que el libro en cualquier

momento “llegaría desde México” (no podía faltar la palabra México en un simulacro), confeccionado en una tal “Imprenta Juárez” (no podía faltar la palabra Juárez hablando de México): tal como ocurrió con el *Ulises* de Joyce –otro proscrito–, las suscripciones sirvieron para financiar la edición.

Neruda ya estaba en París, en un acto de homenaje a Picasso, cuando le llegó la flamante edición clandestina de su libro (el posesivo al cual se aferran los malditos escritores, ¿no es una gran injusticia, teniendo en cuenta estos datos?): frente a todos, en un gesto de camaradería, se lo regaló al pintor y sacó lágrimas y aplausos, pero al terminar el acto, en un gesto chileno, se lo quitó: era el único ejemplar.

Todas estas cosas, y muchas más, son narradas por quien estuvo a cargo de la edición, don Américo Zorrilla, en una crónica del libro *Los tenaces*, de José Miguel Varas.

Pero, realmente: ¿esperaban los comunistas alborotar el gallinero aún más por medio de la voz del poeta nacional atronando en un libro que hundía los pies en el fango de América? No olvidar: veinticinco años antes, con *20 poemas de amor y una canción desesperada*, Pablo Neruda se había convertido en algo así como un best-seller. En los años 50, además, era ya una voz política reconocida y, tras pasar a la clandestinidad, atravesar en burro la cordillera con la barba crecida, la calva acentuada, era también un mito. Aún así, la pregunta queda; y queda, sobre todo, ese tipo solo, encerrado, cosiendo el libro de una generación para la cual el poema no estaba excluido de la educación política. Como dice el poeta Jorge Teillier al retratar a su padre, militante comunista del sur: “Cuando al Partido sólo entraban los héroes”.

Sobre los autores

María José Ramos de Hoyos

Es profesora investigadora de tiempo completo en la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia y doctora en Literatura Hispánica por El Colegio de México. Complementó sus estudios en Letras con una Maestría en Diseño y Producción Editorial en la Universidad Autónoma Metropolitana. Entre sus publicaciones destaca *El viaje a la isla. Representaciones de la isla y la insularidad en tres novelas de Julieta Campos* (Colmex, 2016), trabajo por el cual, en 2014, recibió el Premio Hispanoamericano Lya Kostakowsky de Ensayo de Literatura Hispánica y el Premio de la Academia Mexicana de las Ciencias a las Mejores Tesis de Humanidades. Sus intereses de investigación comprenden la literatura mexicana e hispanoamericana del siglo xx, en específico la literatura de vanguardia y posvanguardia, la historia del libro y de la edición literaria en México, y la materialidad de los textos.

Max Ramos

Nació en Papelitas, Puebla, en 1969. Librero anticuario. Ha escrito *Rabianuestra* (libro colectivo), *Otra forma de bolero* (poesía) y *Bibliópolis* (antología de cuentos de bibliofilia de diferentes autores).

Ana Emilia Felker

Autora del libro de ensayos *Aunque la casa se derrumbe* (UNAM, 2017). Ganó el Premio Nacional de Periodismo 2015 en crónica. Ex becaria de la Fundación para las Letras Mexicanas y de Jóvenes Creadores del FONCA. Ph. D. en Estudios Hispánicos y Escritura Creativa en la Universidad de Houston.

Sebastián Rivera Mir

Profesor investigador de El Colegio Mexiquense. Perteneció al Sistema Nacional de Investigadores del CONACYT, Nivel II. En octubre de 2020 publicó el libro *Edición y comunismo. Cultura impresa, educación militante y prácticas políticas (México, 1930-1940)*. Es coordinador del volumen *Historias entrelazadas. El intercambio académico en el siglo xx: México, Estados Unidos, América Latina*. Además, ha publicado artículos y capítulos de libros en México, Argentina, Estados Unidos, Colombia, Chile y Alemania. Actualmente coordina un proyecto de investigación, financiado por el CONACYT, sobre el ecosistema del libro en el Estado de México.

Carlos Francisco Gallardo Sánchez

Editor y redactor. Estudió la Maestría en Diseño y Producción Editorial por la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM). Realizó la antología *Poemas mexicanos sobre el libro y otros versos de lo impreso* (2018) y coordinó la *Guía literaria del Centro Histórico de Cuernavaca* (2019). Es autor de *Esquirlas* (2018), libro de aforismos. Se desempeñó como jefe de Difusión y Relaciones Públicas del Museo Nacional de la Estampa (del Instituto Nacional de Bellas Artes) y como

editor en la Secretaría de Cultura de Morelos. Actualmente es jefe de publicaciones de la UAM Unidad Cuajimalpa.

Martín Cinzano

Nacido en Guayaquil, Ecuador, en 1977, vivió desde 1985 en Santiago de Chile, donde estudió literatura. En 2005 se trasladó a la Ciudad de México; ahí escribió el libro de crónicas *Perdido* (UACM, 2010), los poemarios *Peatonal* (La Ratona Cartonera, 2016), *YO YA* (G0 Ediciones, 2016), además de la novela *En pana* (Libros del Laurel, 2016). Entre los años 2010 y 2019 vendió libros viejos en el corredor Balderas de la Ciudad de México y en ferias de Tijuana y Rosarito. En 2020 publicó el libro de cuentos *La Concentración* (G0 Ediciones) y el libro de ensayos *¿Un escritor? (Pesquisas en torno a "la muerte del autor")* (LOM); en 2021 apareció el volumen de poemas *Temblores de párpado* (Gramaje Ediciones). Publica reseñas y artículos en Carcaj.cl y edita, junto a la poeta Draupadí de Mora, la revista cartonera *PUF!* en Cuernavaca, México.

LIBRERÍAS DE VIEJO OFICIOS, HISTORIAS y CRÓNICAS DE LA BIBLIODIVERSIDAD

Primera edición 2023
(versión electrónica)

El cuidado y diseño de la edición estuvieron
a cargo del Departamento Editorial
de la Dirección General de Difusión y Vinculación
de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.